



BOLSILIBROS
EASA

Lynn
Meerchang

HISTORIA DE KRAU

45 Ptas

TERROR

HISTORIA DE KRAU

Lynn Meerchang

TERROR



EDITORIAL ANDINA, S. A.

© LYNN MEERCHANG

Derechos reservados por:

EDITORIAL ANDINA, S. A.

Polígono Industrial de Pinto. PINTO (MADRID)

Director responsable:

Gregorio Ovejero.

I. S. B. N.: 84-06-03487 - 4

Depósito legal: M. 9963 - 1982

Printed in Spain

LITOPRINT, S. A.

Villafranca del Bierzo, 32

Fuenlabrada (Madrid)

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

Capítulo 1

A

l final de septiembre, yo debía volver a Los Ángeles.

Sin embargo, transcurrieron muchos días y aún seguía ocupando mi cómoda habitación del «Motel Taihoua» en el litoral occidental de la isla Tojoyo.

Tengo que decir que durante aquellos dos meses —julio y agosto— había llevado a cabo un trabajo apasionante. Mi vocación antropológica me había impulsado a invertir más de quince mil dólares en aquel viaje. El profesor Kaufmann, un afable y gordísimo alemán, catedrático de la Universidad de Turingia, me había enviado a Los Ángeles unas cuantas cartas sugestivas en las que me describía el carácter, idiosincrasia, tradiciones y supersticiones de los nativos. Todo un riquísimo tesoro de antropología primitiva en mis manos a cambio de invertir sólo quince mil dólares, que suponían exactamente mis ahorros de más de seis años de constante trabajo en la Universidad.

En cualquier caso, Kaufmann era un viejo amigo —al que sólo conocía a través de la correspondencia epistolar—, pero también un sabio y un verdadero erudito en cuestiones de investigación de la cultura de las numerosas tribus de los archipiélagos del Pacífico Sur.

En mi cátedra de Los Ángeles, John Carioli —es decir, yo— era considerado un tipo verdaderamente estrafalario en su vida privada. ¿Por qué? Sencillamente, prefería pasar los fines de semana en algún lugar apartado, empuñando un pico y una pala, exhumando

viejas ruinas o buceando en las proximidades de peligrosos promontorios rocosos a la busca de vestigios prehistóricos submarinos.

En una sociedad de consumo como la de California, que un intelectual prefiera pasar dos o tres días en solitario, exponiéndose a mil «estúpidos» peligros, se suele calificar de absurdo, puesto que lo usual es reunirse con un grupo de amigos en un club y emborracharse hasta embrutecerse. Por supuesto, existen otras variantes: ser invitado a un *party* o fiesta informal en la casa de un amigo. Las señoras se maquillan cuidadosamente, visten sus mejores galas y coquetean discretamente. También los hombres suelen vestirse de *smoking*, se peinan cuidadosamente y adoptan un tono de circunstancias. Saludos, sonrisas forzadas, cumplidos hipócritas... Y luego unas copas, un bocado. Se forman grupitos, se intenta formar pequeñas tertulias, se presume, se habla doctoralmente, suenan algunas carcajadas forzadas, surge el primer bostezo. Y se va inmediatamente a beber. Finalmente, todos se han emborrachado concienzudamente. Eso sí, con toda la discreción del mundo. Rara vez suele producirse algún altercado en tal tipo de fiestas sociales.

Por eso, a mí me llamaban estrafalario, atrabiliario, absurdo, extravagante, grotesco, atípico y misántropo. Toda esa serie de adjetivos, sencillamente porque me negué desde el principio a dejarme incluir en los círculos sociales al uso.

¿Misántropo? Yo había cursado estudios de Humanidades, Zoología, Protohistoria, Prehistoria y Antropología. Y ¿qué puede decirse de ello? ¡Sencillamente, mi interés principal era el género humano y su entorno!

Cuando empecé a cartearme con el profesor Kaufmann, intuí que un nuevo mundo podía abrirse a mi sed de estudios y experiencias. Un mundo lejano, sí, pero lo suficientemente atractivo como para hacerme perder el sueño.

Como dije antes, las comunicaciones que me enviaba Karl Kaufmann no podían ser más sugestivas.

Transcribo varios párrafos de una de sus cartas:

Hace un par de días, corrió el rumor de que unos franceses habían encontrado en plena selva a un «Krau» u hombre lobo. Como estas sencillas gentes siguen crédulamente toda clase de supersticiones y creencias fantásticas, me mostré escéptico desde el primer momento. Imagínese mi sorpresa cuando a la mañana siguiente fui requerido por uno de los franceses para catalogar el género y especie del animal salvaje que habían capturado algunas fechas antes en las inextricables selvas de D'garang. Lo habían traído en un vehículo todo terreno, descargándolo en plena playa a la sombra de unos cocoteros. Aquel ser

estaba encerrado en una jaula metálica muy sólida, de las que emplean estos cazadores (que abastecen de animales exóticos a todos los Parques Zoológicos de Europa y Norteamérica).

Querido profesor Carioli: le confieso que sentí una vivísima impresión al contemplar al otro lado de los barrotes a aquella criatura de silueta antropomorfa. Al principio me pareció un orangután o gorila, pero yo sabía muy bien que estas especies de cuadrumanos no se crían en estas latitudes. Puedo asegurarle que examiné a un ser de casi dos metros de estatura que se mantenía en actitud humanoide (poco después comprobé que los cazadores le habían colgado del techo de la jaula, pasando una sogá bajo sus axilas, con el único fin de que pudiera ser contemplado en toda su estatura, intentando resaltar su aspecto humanoide y sus impresionantes proporciones) y gruñía amenazadoramente mostrando al aire unos colmillos de más de tres centímetros de longitud, prodigiosamente afilados.

La tal criatura tenía las proporciones de un hombre enteramente, si bien toda su epidermis estaba cubierta de un bello erizado, brillante y algo ralo, no propio de los cuadrumanos que como usted sabe poseen un pelaje espeso aunque de variada coloración.

Rogué a los cazadores que descolgasen a aquel animal —entonces creía aún que se trataba de un animal no catalogado— y cuando cayó al suelo, adoptó inmediatamente una actitud huidiza y animalesca, encogiéndose sobre sí mismo. Pero pude ver su cabeza. El cráneo, amigo mío, era enteramente el mismo del «homo sapiens». Frente amplia y abombada, pero no deprimida, pómulos prognáticos, nariz regular, mandíbula poderosa, dientes extraordinariamente desarrollados (particularmente los caninos y molares) y unos ojos implantados frontalmente que me contemplaron con un brillo de inteligencia.

En verdad, era un ser humano, si bien (a la vista estaba) se había criado salvajemente desde corta edad. Deglutía ávidamente carne fresca y solía desplazarse a «cuatro patas» en el interior de su encierro, pero en determinadas ocasiones (cuando los curiosos le dejaban en paz), «Kraw» se alzaba sobre sus extremidades anteriores y adoptaba la posición vertical propiamente humana.

Aquel mismo día, negocié con Marcel LeCoque, el jefe de los cazadores que habían cazado a «Kraw». Me interesaba aquel espécimen, pero no para exhibirlo en alguna clase de espectáculo (tal era el secreto proyecto de LeCoque), sino para liberar a aquella criatura de su encierro y devolverlo a las selvas de D'garang para que terminase sus días en paz, pues en Taihoua estos cazadores cobran unos dólares por permitir a los turistas y curiosos contemplar y vejar a «Kraw».

Usted mismo habrá oído historias parecidas: niños que, abandonados en la selva, fueron criados por lobos u otros animales salvajes. En estos casos, estos seres no tienen la menor posibilidad de conseguir insertarse

en su cualidad de hombres propiamente dichos, puesto que los años que han vivido salvajemente taran terriblemente sus posibilidades intelectivas. ¿Recuerda el caso de Jaiya, el niño javanés que fue llevado a Francia por M. Deschamps? Todos sus esfuerzos fallaron cuando intentó enseñar a Jaiya a hablar, escribir o vivir en sociedad. Como usted no ignora, Jaiya se suicidó arrojándose a un horno).

Le explico todo esto, querido John, para que comprenda que al ofrecer a Marcel LeCoque doscientos dólares a cambio de «Krau» (todo mi caudal, por otra parte), sólo me movía la compasión. Soy demasiado viejo y he vivido demasiadas experiencias en el campo de la antropología como para saber que de nada serviría intentar «socializar» al hombre-lobo de las selvas de D'garang.

LeCoque quería mucho más dinero, pues sólo era un mercader. Pero también tenía prisa por embarcar a los animales que había cazado y eso le movió, días después, a aceptar mi oferta. Le di el dinero y me confió a «Krau», a quien llevé a mi cabaña y alimenté y cuidé durante un mes.

Usted se preguntará por qué no dejé inmediatamente libre al hombre-lobo de D'garang. Pues bien, se lo explicaré. Cuando LeCoque embarcó con sus animales en la motonave «Roi de Atlantique» ruta a Norteamérica, advertí que algunos de sus cazadores seguían en esta isla. Temía que en cuanto dejase libre a «Krau» aquellos desalmados le dieran caza.

Puedo decirle que durante los primeros días me vi forzado a mantener encadenado a «Krau». A veces se encolerizaba y mostraba sus poderosos caninos en una mueca que me aterraba. Pero cuando pasaron los días, debió comprender que nada debía temer de mí, pues al poco tiempo comía en mi propia mano mansamente.

Fueron unos días inolvidables, mi querido amigo. Acerca de mis experiencias con «Krau», he escrito unas notas que me gustaría leyerá. Por desgracia, no me inspiran confianza las comunicaciones desde este lugar, por lo que estimo lo mejor es que aprovechara sus vacaciones para reunirse en Tojoyo. Créame, le interesará sobremanera conocer el comportamiento de una criatura como «Krau», mitad hombre, mitad fiera salvaje.

Transcurrido un mes y después de hacer algunas averiguaciones, decidí dejar en libertad a «Krau». Era mi deber. Yo sabía que (a su modo), «Krau» no era un ser normal. Venía a ser como uno de los marginados que producen nuestras modernas metrópolis, incapaces de integrarse en una sociedad monolítica y egoísta.

Los cazadores de Marcel LeCoque se habían marchado hacia el Sur a bordo de un paquebote, dispuestos a cazar vivos varios ejemplares de selacios. (Verdaderamente, a esta gente de LeCoque no le impulsaba ningún afán científico o ecologista, sino el mero interés por enriquecerse rápidamente).

Así, pues, una noche, puse una cadena al tobillo de «Krau» y, después de asegurarme de que nadie nos veía, salí de mi casa y nos encaminamos hasta el borde de la selva.

Supongo que debimos caminar algo más de diez kilómetros. «Krau» se mostraba sumiso y en ningún momento se mostró dispuesto a escapar o a atacarme. (Yo había temido que algo semejante se produjera cuando «Krau» se encontrase en su ambiente natural: la selva virgen).

Cuando consideré que «Krau» podía estar a salvo en la intrincada y espesa foresta, le libré del grillete y la cadena y le dejé libre. ¿Querrá creerlo? ¡«Krau» no se movió de mi lado! Insistí e insistí. «¡Vete!», le grité, pero él continuó mansamente junto a mí. Me sentí desconcertado, amigo mío. Sinceramente, no sabía qué hacer. Era noche clara, de luna llena, y «Krau» me miraba con los ojos húmedos y dóciles. Le impulsé con fuerza hacia lo más hondo del bosque, pero él no se movió.

Finalmente, perdí la serenidad y le golpeé y grité. Entonces, lentamente, se separó de mí, caminando a cuatro patas, y poco después desapareció de mi vista.

Yo volví sobre mis pasos hacia Taihoua y en un par de horas llegué a mi cabaña. Pero aquella noche no me fue posible conciliar el sueño. Pensaba en «Krau», ¿puede creerlo? Me sentía preocupado por aquella criatura que tales muestras de lealtad y devoción me había demostrado. Esta inquietud me llevó a viajar a D'garang al día siguiente. Permanecí en la selva por espacio de tres días, pero no logré encontrar a «Krau». Entonces la tranquilidad volvió a mí: «Krau» había vuelto a insertarse en su hábitat natural. Sólo me quedaba desear que jamás pudiera estar al alcance de hombres sin escrúpulos como de LeCoque y sus cazadores.

No he vuelto a ver a «Krau», amigo Carioli. Sin embargo, el estudio que llevé a cabo durante los días que le tuve junto a mí, me ha ayudado mucho a comprender mejor los sutiles recovecos del cerebro humano.

¿Por qué no se anima y viene? Dentro de unos días tendré conmigo a mi hija Gertie, de la que ya le hablé ampliamente. A sus veinticuatro años, Gertie ha escrito ya dos tratados sobre parapsicología que han tenido un éxito discreto. No me ciega el amor paternal, pero puedo asegurarle que Gertie es muy atractiva. Anímese, John. Usted es un hombre que quiso convertirse en antropólogo por verdadera vocación, según he deducido por sus cartas y sus libros. Le aseguro que esta isla es un verdadero paraíso.

Venga, amigo mío. Le esperamos.

* * *

Por supuesto, anteriormente había recibido muchas cartas del profesor Kaufmann. Pero fue ésta la que despertó poderosamente mi interés de investigador.

Sin embargo, mi vida iba a desarrollarse de tal forma que el viaje a Tojoyo no sería posible sino varios años después.

¿La razón? Sencillamente, mi último libro, «La incógnita de la peripecia humana» estaba teniendo un éxito exorbitante en Europa.

Es curioso. Esta obra, editada la primera vez por la Fundación Rossell y distribuida por toda Norteamérica, no gozó en principio de muy buena acogida. Las críticas fueron negativas en general, feroces en algunos sectores. Mi tesis sobre la evolución del género humano no se atenía, ciertamente, a las normas en uso. En mi libro, exponía teorías nuevas y ponía en tela de juicio conocimientos que hasta entonces se daban por ciertos. Puede decirse que en mi propio país, el libro fue un fracaso al principio. La primera edición apenas se vendió y con el fracaso también se vinieron abajo mis ilusiones.

Sin embargo, mi agente editorial gestionó la venta de derechos a Europa. Y en el viejo continente mi obra elevó furiosas polémicas, pero comenzó a venderse maravillosamente. Tres ediciones se agotaron en Inglaterra y hasta otras veintidós en diversos idiomas correspondientes a otras tantas naciones de Europa. Muy pronto, se editó en África y Asia. Luego surgió la edición australiana y la oferta para realizar guiones cinematográficos documentales para una determinada productora.

De rechazo, el libro volvió a editarse en Estados Unidos. Y esta vez la edición multiplicaba por cien el número de ejemplares de la tirada. Y radio, cine, televisión, Universidades, conferencias...

El rotundo éxito me abrumó.

Durante cuatro años, fui traído y llevado de un continente a otro en loor de celebridad. Gané mucho dinero, no voy a negarlo. Fui recibido por el presidente de los Estados Unidos, por la Reina de Inglaterra y por los jefes de Estado de los principales países del mundo. Se me glorificaba, se me mimaba y se me adulaba sin tasa.

Todo ello fue consecuencia de que me olvidase de mi excelente amigo el doctor Karl Kaufmann.

Hasta que, de improviso, recibí aquella carta:

—Mí querido John:

—He seguido con gran interés sus éxitos editoriales, de los que me alegro sinceramente. Sé que le ha sido imposible venir a Tojoyo. Sin embargo, ahora necesito de usted. Urgentemente.

¿Recuerda la vieja historia de «Krau», el hombre-lobo? Pues bien: durante estos años ha sucedido algo que ha llegado a atormentarme. No puedo ser más explícito, pero algo horrible ocurre en Taihoua, algo que me agobia y enloquece.

Se lo ruego, amigo mío: venga inmediatamente. No creo que tenga problemas económicos o de otra índole, pero, en cualquier

caso, le prometo correr con sus gastos de viaje y estancia.

Confío en usted. Le necesito, John.

Su amigo,

PROF. KARL G. KAUFMANN».

Me sentí intrigado.

¿Qué le ocurría a Kaufmann para solicitar mi presencia en la distante isla de Tojoyo con semejante urgencia? Porque aquella era una carta apremiante, una llamada de auxilio, una comunicación que destilaba alarma. ¿O miedo?

Me pregunté qué tendría que ver «Krau», el enigmático hombre-lobo, en las preocupaciones de mi amigo Kaufmann.

Una cosa era cierta: en aquella carta latían la ansiedad y la angustia. Se diría que mi amigo alemán se sintiera en peligro de muerte. ¿O era algo mucho peor?

Esta vez no lo dudé. Inmediatamente reservé un pasaje en avión hasta Filipinas. Después me trasladaría en aero-taxi a Tojoyo. Era la forma más rápida y práctica de llegar cuanto antes junto al profesor Kaufmann.

Afortunadamente, nada me ataba en Estados Unidos. Durante aquellos cuatro turbulentos años, mi vida había sido verdaderamente movida. Física, emotiva y sentimentalmente. Había gozado de numerosos y fugaces *flirts* con bellas mujeres e incluso me había casado con una actriz. Pero Laurie Angel, no era otra cosa que una *starlette* que buscaba alcanzar publicidad gratuita a costa de un personaje famoso como yo. Laurie era una personita preciosa y delicada, pero frívola y vacía. Cuando comprendí que había cometido una tremenda equivocación al casarme con ella, hablamos largamente, le hice comprender las cosas y nos divorciarnos amistosamente, tras lo cual ella marchó con un centenar de millares de dólares en su cuenta corriente, dispuesta a atrapar a otro incauto que le sirviera de rampa ascendente hasta la cúspide de Hollywood. No sé si lo ha conseguido, pero imagino que no, pues no he vuelto a oír su nombre.

Tomé mi decisión aquella misma noche.

Confieso ahora que la celebridad, la adulación y el dinero no me llenaron plenamente. En el fondo de mi corazón yacía, intacto, la sed de aventuras.

Telefoneé a Morgan Thompson, mi agente, y le pedí que anulara todos mis compromisos profesionales.

¿Qué les voy a decir? Thompson puso el grito en el cielo.

—¡Estás loco, John! Llevas camino de convertirte en multimillonario en unos pocos años y ahora... ¡ahora quieres tirarlo todo por la borda! —se lamentó—. Lo que tienes que hacer es

escribir un nuevo libro. Las ocasiones hay que aprovecharlas.

Y enseguida se esforzó en convencerme de que lo que iba a hacer era una absurda locura. Mencionó nombres, cifras, posibilidades...

Pero yo había tomado mi resolución.

—Liquida esos compromisos, Morgan. Quizá vuelva dentro de unos meses, no sé. Y si es así, tú volverás a ser mi representante. Ahora, sólo puedo decirte una cosa: ¡buena suerte, Morgan! —grité con voz un poco más alta de lo conveniente.

Colgué el teléfono. Pero volví a marcar otro número seguidamente. En la agencia de viajes me dijeron que podían reservarme un billete para clase turística en el vuelo 456 de «Phillippines Air Lines», destino Manila.

Acepté. Según me informaron, el «Boeing» de PHAL partía del aeropuerto principal de Los Ángeles a las diez quince de la mañana siguiente.

No me despedí de nadie.

Me limité a servirme el penúltimo whisky de aquella noche, que paladeé sin prisas en el mirador de mi casa de San Fernando Valley.

Pensaba ardientemente en el profesor Karl Kaufmann, en «Krau», el misterioso hombre-lobo de las selvas de D'garang, en Gertie Kaufmann, la hija de mi amigo alemán, en las mil posibilidades exóticas de la isla Tojoyo...

Y me quedé dormido.

Me despertó el violento sol que penetraba a través de la cristalera. Apenas eran las siete de una mañana de finales de junio y yo apenas tenía fuerzas para bostezar y acariciarme dolorosamente los congestionados párpados y la cabeza, que me estallaba en mil punzadas de dolor.

Por lo demás, en aquel lamentable momento, yo no recordaba nada respecto al viaje en ciernes, de modo que volví a bostezar, puse un brazo bajo mi cabeza y torné a dormirme.

Si no estuviera abonado a la empresa de servicios «Avisos Personales, S.A.» lo más probable es que no hubiera escrito jamás ese relato. Pero yo pagaba mensualmente una cantidad para que aquella organización me avisase puntualmente por teléfono de todos mis compromisos, de modo que muy cerca de las nueve de la mañana el teléfono comenzó a sonar insistentemente.

Como conozco mi tendencia a dormir pesadamente en determinadas circunstancias, había hecho instalar en mi teléfono un zumbador de micro-ondas a prueba de sordos. El latoso zumbador sonaba y sonaba perforando lastimosamente mi cráneo, hasta que finalmente me incorporé y, tambaleante, descolgué el teléfono.

—Buenos días, señor Carioli —resonó una amable voz en el

auricular—. Le recuerdo que su vuelo destino Manila sale dentro de setenta minutos.

Colgué bruscamente, sin dar las gracias a la amable empleada, y corrí a ponerme bajo la ducha, pues tenía por cierto que si no hacía tal cosa volvería a dormirme en el corto trayecto del salón al cuarto de baño.

Tras la ducha fría tomé un analgésico y... un dedo de whisky. (Prodigio! Mi jaqueca decreció, mi sistema circulatorio funcionó y yo me sentí dispuesto y vigoroso.

Hice una maleta con unas pocas cosas y pedí un taxi por teléfono.

A las diez estaba en el vestíbulo de salidas internacionales del aeropuerto. Justo para presentar mis documentos, recoger el billete y subir al autobús que me llevaría con otros pasajeros a la pista de aparcamiento donde nos esperaba el espléndido «Boeing».

A bordo, una graciosa azafata me trajo una taza de té y unas pastas. Inmediatamente, me recosté sobre mi asiento y me dormí.

Desperté seis horas después en el aeropuerto de Johan—nesburg, Sudáfrica... ¡Había dormido durante la travesía del ancho Atlántico de un tirón!

Los pasajeros descendimos del avión y un autocar nos trasladó a la zona franca del aeropuerto, donde nos sirvieron un almuerzo típicamente británico. Es decir, notoriamente escaso.

Poco después, estábamos de nuevo a bordo del *jet*.

Absolutamente descansado, gocé extraordinariamente del viaje. Hice amistad con Alfredo Rojas, un filipino que traficaba en plásticos. Y también con Kurd Ladermann, un ingeniero que se disponía a construir una carretera en Luzon City. También conocí, aunque lo confieso con cierta vergüenza, a una de las mujeres más desagradables con las que me he cruzado en mi vida.

¿Su nombre? Se llamaba Mildred O'Higgins y era norteamericana como yo. Era una mujer alta, huesuda y de facciones severas y pocos femeninas. Bueno, nada de ella parecía femenino, a excepción de sus vestidos.

La señorita Mildred O'Higgins —ella confesó que en su casa la llamaban simplemente *Milly*—, disfrutaba de un aspecto estrafalario hasta el exceso: cabellos trigueños, secos como el esparto, horriblemente cogidos en una coleta posterior, faz descolorida y pecosa, cejas excesivamente pobladas, nariz respingona, boca eternamente fruncida y unos ojos miopes que se escondían con recelo tras los cristales de unas terroríficas gafas de montura cuadrada.

Según pude escuchar —de sus propios labios— se dirigía a alguna isla del Pacífico Sur o del Índico, detalle que no especificó

muy bien. Pero sí aseguró con orgullo que se había licenciado en Geología y Mineralogía y que el motivo de su viaje era realizar unos estudios en los archipiélagos que median entre el Pacífico y el Índico.

Al parecer, realizaba aquel proyecto por cuenta de la empresa «O'Higgins Mines Research Corp.». Le hice una pregunta al respecto y terminó confesando que el principal accionista de tal empresa no era otro que su padre, un tal John Leslie O'Higgins III.

Milly O'Higgins era justamente la antítesis de lo que yo consideraba una mujer atractiva. Así que, después de oírla parlotear tontamente durante un par de horas, me esforcé en ignorarla por completo, cosa que —confieso— conseguí sin gran esfuerzo, pues al otro lado del pasillo viajaban tres jovencitas australianas de muy buen ver.

Al anoecer, nuestro avión descendió sobre el aeropuerto de la modernísima Manila. Como habíamos ganado una hora, estábamos en la aduana al ponerse el sol. Poco después, telefoneé a las oficinas del «Diner's Club» y un taxi me recogió enseguida y me llevó al hotel.

No me sentía cansado en absoluto, por lo que después de tomar una ducha en mi *suite* del «Tagalo Hotel» decidí salir a dar un paseo con el ánimo de conocer un poco Manila *by night*.

Tuve la suerte de encontrar a un inteligente taxista nativo, Eugenio Méndez, el cual no sólo sabía expresarse en siete idiomas —incluido el tagalo—, sino que además conocía a fondo el mundo nocturno de su ciudad.

Fue muy satisfactorio contratar a Méndez por el resto de la noche. Me llevó a los lugares más pintorescos y juntos pasamos una noche muy agradable.

Hacia las tres de la madrugada, ambos estábamos un poco borrachos. Mi amigo Méndez me propuso que tomásemos la penúltima copa —nunca la última— en un local típico, el «Yendallah Hall».

Había un ambiente tremendo allí. Maravillosas muchachas de piel cobriza o aceitunada y cuerpos de ensueño, bailaban lánguidamente al ritmo de *boun-hoor*. Unas quinientas personas ocupaban la larguísima barra y la amplia terraza tropical cercana.

Tomamos una copa de *hualang*-bar, un riquísimo néctar que se bebía como el agua, pero que puso mi sistema circulatorio a ciento por hora.

Cuando empezaba a achisparme verdaderamente, sucedió algo. Mis ojos quedaron fijos en la silueta de una estrafalaria mujer que reía locamente en medio de un grupo de personas típicamente yanquis.

Era Mildred — Milly—. O'Higgins, la licenciada en Geología y Mineralogía que yo había conocido a bordo del «Boeing— 737».

¡Estaba ebria!

Reía como una loca y compadrebbe alegremente con tres parejas norteamericanas.

La perdí de vista cuando Eugenio Méndez llamó mi atención sobre un grupo de jovencitas nativas que se movían como serpientes al ritmo del *boun-hoor*.

Luego, un locutor anunció en inglés un *show* especial. Sonó una música rítmica y trepidante que ponía los nervios de punta, se encendieron los focos, se acallaron las voces y... en el tablero apareció aquella desmañada y hombruna Milly O'Higgins, ondulándose como una serpiente *mamba*.

Vi cómo se desanudaba su coleta y una cascada de cabellos de oro brillante se desparramaba a la potente luz de los focos.

Miss O'Higgins se movía electrizantemente al ritmo de la música que salía de algún lugar oculto.

¿De dónde había sacado tal sentido musical la torpe y desgarbada Milly?

Un rugido de admiración surgió de centenares de gargantas cuando la señorita O'Higgins se quitó los zapatos y los arrojó de sí con un ademán olímpico.

—¿Será posible? —murmuré.

Fue posible.

Miss Milly O'Higgins se inclinó hacia adelante, tomó la orla de su vestido y fue elevándolo con exasperante lentitud al compás de la música incitante.

Luego arrancó delicadamente sus prendas más íntimas y quedó absolutamente desnuda, sin dejar de moverse maravillosamente al compás de la rápida y dulzona melodía.

Parpadeé, asombrado.

¿Era aquella la Milly O'Higgins que yo había conocido durante la escala Johannesburg-Manila?

Mis ojos, hechizados, contemplaban con íntima complacencia aquel perfecto cuerpo de mujer que interpretaba con evidente acierto un baile lleno de sensualidad y vigor animal. Porque es cierto, sus líneas anatómicas eran de una perfección total. E incluso su rostro, excesivamente anguloso, parecía ahora, a la luz de los focos, atrayente y sugestivo.

Creí estar soñando. Ansioso, pedí dos nuevos *hualang-bar* para Eugenio y para mí. Bebí aquel frío combinado excesivamente aprisa, porque de pronto mi vista se nubló y mis rodillas flaquearon.

Procurando conservar la compostura, dije a Eugenio que necesitaba volver urgentemente al hotel.

Con la mayor sencillez, me tomó por los hombros e incluso fingió tambalearse, aunque noté que mi taxista conservaba el suficiente vigor para mantenerme en posición vertical.

Me habían prevenido mucho sobre las gentes de Manila. Según algunos compatriotas, en Manila todos eran rateros o prostitutas. Puedo decir, sin embargo, que Eugenio Méndez pudo robarme algo más de dos mil dólares que yo llevaba descuidadamente en un bolsillo del pantalón, pero al día siguiente encontré mi dinero intacto. Es más, me olvidé de pagar a Eugenio y él nada me reclamó.

A la mañana siguiente llamé por teléfono al «Diner's Club» y al Sindicato de Taxistas. Como Méndez llevaba radio-teleéfono en su coche, le dieron mi recado enseguida. Y hacia las once de la mañana nos reunimos en el bar del «Tagalo Hotel».

Le di las gracias fervorosamente por haberse mostrado tan leal y le pagué con generosidad. Luego intenté recordar las escenas del «Yendallah Hall» de la noche anterior.

—Sinceramente, creo que he soñado, Eugenio —le dije con confianza—. ¿Recuerda la joven que hizo una demostración del más depurado *strip-tease*? Creo que era Mildred O'Higgins y... sin embargo me parece un sueño. Nadie puede parecerse menos a aquella deliciosa y sensual mujer que la Milly O'Higgins que yo conocí en el avión. De veras, Eugenio, creo que en realidad lo soñé todo. Pero, bueno, quizás usted no sabe de lo que estoy hablando. Verá, en el avión conocí a una mujer que me pareció extraordinariamente fea... la tal O'Higgins. ¡Y era la misma que bailó «aquello»! ¿Cómo puede ser?

Méndez me miró sonriente.

—Es la primera vez que viene a Manila, ¿verdad, señor Carioli? Bueno, puedo decirle que en esta ciudad, en estas latitudes, cualquier cosa es posible.

Capítulo 2

E

L avión en que volábamos hacia la isla de Tojoyo era un viejo «Fokker» bimotor que se mantenía en el aire por puro milagro. O tal vez tenía razón Eugenio Méndez cuando aseguró que «en aquellas latitudes cualquier cosa es posible». Hasta que volara un trasto como aquél. Me recordaba al vetusto aparato de hélice que, en cierta ocasión, me trasladó del Berlín oriental a Varsovia.

El arreglo del transporte de Tojoyo lo habían hecho los de la oficina del «Diner's Club» en Manila. Por supuesto, imagino que no habían encontrado nada mejor.

El hombre que me llevaba por los aires era Buck McNee, un verdadero ladrón.

McNee me había pedido mil quinientos dólares por adelantado, previniéndome de que cualquiera cosa que pudiera ocurrirnos a él, a su mecánico —«Teep» Palmer— y a mí sería de mi absoluta responsabilidad. Lo que presuponían que McNee no pagaba ninguna póliza de seguros y todo quedaba al azar.

McNee me robó tres paquetes de «Winston» en cuanto subí a su destartelado hidroavión y agotó la pequeña petaca de whisky de la que me había provisto en el «Tagalo Hotel» para casos de urgencia.

Cuando vi por primera vez a McNee en el bar del hotel, me pareció absolutamente borracho. Pero el empleado del «Diner's» aseguró que no existía en aquel paralelo un piloto tan avezado y diestro como el capitán McNee. (Al parecer, había hecho con tal grado la guerra del Pacífico, pero vaya usted a saber, si se había

ascendido él mismo).

De todas formas, era un día magnífico y yo me sentía ufano, pleno de energías. Aparte de los constantes crujidos del fuselaje, de los eructos de McNee y del continuo movimiento maxilar de «Teep» Palmer (que masticaba chicle sin parar), todo fue relativamente bien.

Vi desfilan allí abajo rosarios de islas coralíferas, unas exuberantes de verdor, otras de un color marrón oscuro, típicamente volcánico. El aire era azul claro, tan transparente que podían divisarse los perfiles de un atolón a cuarenta kilómetros de distancia.

Pensé en mi amigo el profesor Kaufmann y en aquella última carta.

«¿Recuerda la vieja historia de “Krau”, el hombre lobo...?»

«... Ha sucedido algo que ha llegado a atormentarme...»

«Algo horrible ocurre en Taihoua, algo que me agobia y enloquece...»

«Se lo ruego, amigo mío: venga inmediatamente...»

«Le necesito, John...».

Eran frases inquietantes que suponían una urgente llamada de auxilio.

Y yo me preguntaba, obsesionado, qué habría ocurrido en Taihoua, en Tojoyo, para que el ecuánime y ponderado Kaufmann me escribiera una carta en semejantes términos.

¿Por qué hacía mención a «Krau»?

—El problema, sea cual fuere, debe guardar relación con el hombre-lobo por el que el profesor pagó a Marcel LeCoque — decidí reflexivamente.

El capitán McNee canturreaba amodorrado —¿o sólo lo parecía? —en la carlinga. Detrás de mí. Palmer ojeaba una revista erótica y masticaba chicle incansablemente.

El hidroavión se agitó de improviso con tal violencia que tuve que encogerme en mi asiento.

—Tojoyo —gruñó McNee con voz estrepitosa.

Parecía completamente borracho. Seguía canturreando locamente entre dientes con el cigarrillo pegado a la comisura de sus labios y movía sin orden ni concierto el conjunto de mandos de la aeronave. De vez en cuando, se llevaba a los labios el gollete de una botella de cristal verdoso que debía contener algún misterioso potingue, aunque, eso sí, alcohólico, de esto estaba yo seguro.

—¡Dios me proteja! —pensé, considerando con escepticismo que aquel loco iba a estrellar su vetusto hidroavión contra los arrecifes

de coral que cerraban la bahía de Taihoua y cuyos rompientes, hirvientes de espuma, comenzaban a verse cada vez más próximos.

McNee dejaba caer el avión como si pretendiera estrellarse contra los arrecifes.

Había picado del ala izquierda y el aparato caía como una piedra. Confieso que el estómago se me alborotó. A pesar de lo cual, McNee seguía canturreando con el apagado cigarrillo en los labios y «Teep» Palmer rumiaba calmosamente su eterno chicle, como si estuvieran seguros de que ningún peligro nos acechaba.

La nave cruzó cuando McNee la enderezó con brusquedad.

Mis ojos estaban fijos en las crestas erizadas de los rompientes, a unos veinte metros bajo el fuselaje y los flotadores del hidroavión.

Pude oír perfectamente el rumor de las rompientes. Recordando esto ahora, sospecho que la parte inferior del fuselaje del hidroavión debió pasar rozando el arrecife. Y si no lo tocó fue por pocos centímetros.

Pero de repente, los patinadores elevaron oleadas de espuma sobre la bahía de Taihoua. El avión saltaba como un potro desbocado sobre las olas de un metro de altura y las hélices enviaban contra los cristales de la carlinga una tolvanera de finísimas chispitas líquidas que impedían prácticamente la visión.

Al cabo, decreció la velocidad y el agua corría a torbellinos sobre los cristales. Entreví un elemental espigón portuario y la línea baja y exuberante del litoral.

Finalmente, el hidroavión quedó meciéndose sobre las aguas a un centenar de metros del muelle.

Entonces lancé un suspiro profundo y di gracias a Dios con toda la sinceridad de aquel que acaba de ver la muerte muy próxima.

Todavía permanecía encogido en mi asiento, cuando McNee se levantó, vino tambaleándose hasta mí y me golpeó campechanamente en los muslos.

—¡Eh, profesor! ¿No le ha parecido un maravilloso y plácido viaje? —gritó con su recio y asmático vozarrón de fumador empedernido...

Aproveché mi estupor para meter mano en mi bolsa y llevarse otros dos o tres paquetes de cigarrillos. Luego dio una orden al impasible mecánico y les vi botar un bote neumático auto-hinchable al agua.

Desde la compuerta próxima a la carlinga, lanzaron al bote mi maleta y mi bolsa de viaje.

Luego, mientras yo pugnaba por conservar el equilibrio en el bamboleante avión, pusieron en mi mano algo que se parecía remotamente a un remo y me obligaron a saltar al bote neumático.

—Mahura recogerá el bote, profesor —me gritó McNee a voz en

cuello—. Si necesita mis servicios para la vuelta, Mahura me enviará un mensaje por radio. No dude en avisarme: el capitán McNee siempre está dispuesto.

Me vi obligado a pelear con todas mis fuerzas, pues las hélices del hidroavión giraban ya con rapidez y un golpe de aquellas enormes aspas sería necesariamente mortal.

Uno de los flotadores desplazó violentamente mi bote de costado y estuve a punto de naufragar.

Luego el viejo «Fokker» se alejó hacia los arrecifes de nuevo, dejando tras sí dos profundas estelas.

Rabioso hasta el paroxismo, me erguí a medias en el bote y grité como un energúmeno:

—¡Vete al diablo, capitán McNee!

Capítulo 3

T

ENG Yi aseguraba que en Taihoua había de todo aquello que un mortal podría necesitar. Teng Yi era el dueño del «Taihoua Motel», el único lugar de Tojoyo en que un occidental accedería a alojarse.

Aquel chino de edad indefinible, pálidas facciones y misteriosos ojos, era un verdadero filósofo. Creía ver una ciudad donde sólo había un poblado, aseguraba que Taihoua contaba con todos los servicios deseables, cuando la realidad era que un barco tocaba en el muelle una vez al mes y el único servicio era el «Taihoua Motel» y la radio que manejaba Mahura, el nativo que había salido a recogerme en su esquife.

En muy pocas horas, entendí la triste realidad: la isla de Tojoyo vivía bajo la tutela francesa, pero todo esto se limitaba al barco que recogía el correo y descargaba las mercaderías imprescindibles.

También es cierto que los nativos no necesitaban mucho. Tojoyo tenía unos diez mil kilómetros cuadrados de superficie y contaba con un clima bonancible. Había una cordillera de unos mil metros de altitud máxima, bosques espesos y fértiles vallecillos, amén de las tierras llanas y cultivables del litoral. Había agua abundante, pues las lluvias eran frecuentes, y la única amenaza la suponía el terrible monzón, que de vez en cuando asolaba a la isla.

Taihoua en sí suponía un tremendo contraste. La parte de la población más próxima al puerto era moderna, casi de estilo europeo. Detrás quedaba la mayor parte del poblado, compuesto por cabañas nativas, algunas de ellas miserables.

Naturalmente, lo primero que hice cuando Mahura me acompañó cortésmente al «Taihoua Motel» fue interesarme por el profesor Kaufmann.

El sonriente rostro oriental de Teng Yi no perdió su compostura, pero su respuesta me dejó anonadado:

—No está aquí... Se encuentra en el Tal-Akhai —dijo.

E inmediatamente llamó a gritos a su joven hijo y le indicó en chino que llevase mis maletas a la habitación que acababa de asignarme.

Desde luego, no soy una persona fácilmente contentable e insistí:

—Escuche, amigo mío: me interesa entrevistarme cuanto antes con el profesor Kaufmann. Soy un amigo suyo, ¿comprende?

Teng Yi asintió vivamente con exagerada cortesía. Pero se volvió y siguió dando instrucciones a su hijo, sin hacer caso de mi pregunta.

Un tanto encrespado ya, volví a formular la cuestión que me interesaba.

En aquel momento, oí unos pasos a mis espaldas.

—¿Pregunta por el profesor Kaufmann, señor?

Me volví con presteza y escruté al hombre que acababa de penetrar en la residencia de Teng Yi.

Mis ojos detallaron en breves segundos a aquel atlético individuo que vestía una sahariana de color caqui y calzaba botas con polainas de cuero.

Era un hombre de unos treinta y cinco años, cabellos crespos y rubios y facciones bronceadas. Su pecho, potente y velludo, asomaba a través de la sahariana entreabierta. No pude ver sus ojos en aquel momento, porque llevaba unas gafas oscuras, pero sus dientes, blancos y fuertes, se destacaban sobre su tez soleada.

Se había expresado en un inglés netamente yanqui. Parecía un hombre franco y cordial, Y lo demostró inmediatamente.

—Discúlpeme. Soy Frank Sturgis, e imagino que usted es norteamericano como yo. Le oí preguntar por el profesor Kaufmann y...

Me tendió la mano y se la estreché con vigor. Sturgis era un hombre muy fuerte y su mano era dura como el acero.

Me presenté a mi vez y Sturgis me informó amablemente del motivo de su estancia en Tojoyo. Dijo que trabajaba para una empresa de televisión norteamericana y estaba filmando una serie de documentales en las islas. Me habló del folklore autóctono, tan misterioso y atractivo, de los ritos religiosos, de sus exploraciones, de las arriesgadas filmaciones bajo el mar, de sus estudios sobre la fauna del Hemisferio Sur...

Su charla era ágil y amable. Debo decir que Frank Sturgis me

cayó bien desde el principio.

Distraído con su conversación, yo había perdido el hilo principal de aquel encuentro: el profesor Karl Kaufmann.

—Teng Yi no es muy expresivo. Parece rehuir darme una explicación concreta. Respondió con una frase enigmática: dijo algo así como que mi amigo estaba en Tal-Akhai —le expliqué.

Sturgis sonrió.

—Ya sabe cómo son los chinos —susurró confidencialmente a mi oído—. Pretenden darle un tono misterioso a las frases menos trascendentes. Pero creo que le ha dicho la verdad. Mi amigo el profesor Kaufmann debe andar por estas fechas en las estribaciones de Tal-Akai.

—Tal-Akhai... pero ¿qué es? —insistí, un poco impaciente.

—El cono del volcán que, indudablemente, creó esta maravillosa isla. El volcán está extinguido ya y se encuentra en el centro de la pequeña cordillera volcánica que cruza Tojoyo de Norte a Sur. Verá, profesor Carioli: esa zona es muy rica en yacimientos arqueoantropológicos de las primeras tribus que hace tres o cuatro mil años debieron poblar esta isla. El profesor Kaufmann ha encontrado allí varios cráneos muy antiguos e incluso algunos fragmentos de cerámica. Si le conoce, debe saber cómo es: un hombre dedicado por completo a la ciencia. Kaufmann visita con frecuencia las estribaciones de Tal-Akhai. Es posible que ahora se encuentre por aquella zona.

La explicación de Sturgis me desconcertó.

¿Era razonable imaginar que Kaufmann no estuviera esperándome en Taihoua cuando confiaba desesperadamente en que yo llegase a Tojoyo de un momento a otro?

No hice ningún comentario. Como la comunicación del viejo profesor era confidencial, yo no tenía derecho a propagar sus problemas de ningún modo,

Sturgis me propuso que pasásemos al bar anexo al fresco vestíbulo del «Motel Taihoua». La temperatura era tan húmeda y elevada que yo me sentía nadar en sudor, de modo que acepté la proposición de mi compatriota de buen grado.

Entramos. A través de los complicados trenzados de palma y juncos, penetraba una leve brisa. Dos bonitas muchachas nativas y otro hijo de Teng Yi atendían el pequeño bar en el que bebían media docena de personas, cuatro de los cuales eran europeos.

Una cosa me llamó la atención: uno de los europeos debía ser un clérigo, a juzgar por el blanco cuello que destacaba sobre su chaqueta negra de tejido veraniego. Y aquel hombre, delgado y de facciones correctas, parecía desplomado sobre la barra con un gran vaso de ron en la mano. Su rostro me pareció abotargado y

deforme, la mano que sostenía el vaso no era muy firme. Además, aquel hombre murmuraba algo para sí, absolutamente abstraído y concentrado en sí mismo.

Sturgis me tomó familiarmente de un brazo y me llevó al otro extremo de la barra. Pero yo dirigí instintivamente mi mirada hacia el lugar donde se encontraba aquel individuo que vestía como un clérigo.

—Veo que le ha llamado la atención —comentó Sturgis—. Se trata del reverendo Leo Warlone. Una verdadera pena. Un hombre joven que llegó aquí creyendo que iba a convertir a los nativos en unos pocos días. Lamentablemente; Warlone ha fracasado. Los hombres y mujeres de Tojoyo le han rechazado. Por eso, el reverendo Warlone bebe hasta embrutecerse. Créame, profesor, me mueve a compasión. Pero...

—Por favor, Frank —le pedí—. No me llame «profesor». Me gustaría que nos tratásemos con mayor sencillez. Mi nombre de pila es John.

—Encantado, John. Pero bebamos algo.

Pidió dos combinados de ron, hielo picado y piña. También debía contener algunas especias pues el sabor era un poco picante, aunque se trataba de una bebida moderadamente alcohólica y decididamente fragante y exquisita.

Mientras bebíamos, Frank me explicó una serie de matices relacionados con Taihoua y la vida en Tojoyo.

—El rechazo al reverendo Warlone es algo previsible. Los nativos son gentes sencillas que han vivido felizmente hasta que nosotros llegamos aquí. No es de extrañar que ellos quieran seguir conservando sus costumbres y tradiciones. Y, por supuesto, su propia religión.

Sturgis bebió con gran placer un largo trago de su vaso y añadió;

—Imagínese: en Taihoua ni siquiera hay luz eléctrica. Teng Yi, que es un hombre avisado y con sentido comercial, hizo traer un grupo electrógeno que produce unos cien KVA. Le sobra potencia suficiente para ceder un poco de fuerza eléctrica para el alumbrado de Taihoua, pero prefiere reservárselo. Por otra parte, a los indígenas no les hace falta para nada la electricidad. Por la noche, cuando no hay luna, disponen del aceite de palma de cocotero o de cachalote. En cuanto a las restantes necesidades, ellos saben arreglarse para cubrirlas. Es posible que usted, yo o el reverendo Warlone nos sintamos incapacitados para recluirnos en un lugar tan remoto como éste, pero los nativos no echan nada de menos... —me describió amablemente.

Miré con cierta Ironía a los isleños que bebían sin parar a pocos metros de nosotros.

—Pero ellos gozan de la sofisticada civilización occidental — bromeé, señalándolos con un discreto gesto.

—No necesitarían el alcohol si Teng Yi no se lo hubiese traído. Créame, John; nuestro deber para con estas gentes se resume en dos o tres palabras: dejarlos vivir su vida. Los europeos sobramos aquí. Lo mejor que podemos hacer es marcharnos y dejarlos solos, sin mancharlos y brutalizarlos con nuestra cultura y nuestras costumbres bárbaras. Ellos son seres puros, elementales y, hasta ahora, felices.

Aquellas palabras me dieron que pensar. Consideré el asunto y decidí que Sturgis era un hombre más sensible y responsable de lo que su aspecto físico, tan exuberante, podría suscitar.

—Creo que tiene toda la razón, Frank —dije al cabo—. La verdad es que yo no pienso estar mucho tiempo aquí.

Se quitó las gafas de sol y me miró fijamente. Tenía unos ojos azul oscuro un tanto inquietantes.

—Perdone, John, pero ¿qué ha venido a hacer a aquí?

— dijo.

En aquel momento, estuve a punto de confesarle toda la verdad. En primer lugar, yo simpatizaba abiertamente con Sturgis, pero además empezaba a considerar que él podría serme muy útil en Taihoua, sobre todo a la hora de organizar un viaje a Tal-Akhai en busca del profesor Kaufmann, cuya ausencia no justificada comenzaba a inquietarme seriamente.

Pero la amistad que me unía a mí colega alemán me obligó a callar nuevamente.

—Ya le dije que soy antropólogo, pero mi profesión no es el motivo de mi llegada a Tojoyo. Vine, sencillamente, porque el profesor Kaufmann me invitó hace algunos años. Y hasta ahora mi trabajo profesional no me ha permitido venir. Pasaré aquí una o dos semanas y me marcharé —dije.

Frank asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Tengo que irme —anunció de pronto—. Mi equipo y yo nos trasladaremos esta tarde a Waimipuru para filmar unas secuencias sobre las costumbres de los tiburones grises, pero seguramente volveremos dentro de un par de días. Espero verle entonces.

—Y yo estaré encantado, Frank. Siempre resulta reconfortante contar con la amistad de un compatriota en un lugar tan alejado de la patria como éste —pronuncié, agradecido.

Nos estrechamos las manos con calor y Sturgis se marchó.

Tenía hambre y decidí encargarme a Teng Yi que me subiesen el almuerzo a mi habitación. Naturalmente, puse un billete en la barra para que me cobraran las consumiciones que Sturgis y yo habíamos bebido, pero el hijo del dueño denegó con la cabeza repetidamente,

al tiempo que mantenía aquella estereotipada sonrisa en los labios.

—¡Todo pagado, *monsieur*, todo pagado! —me explicó con voz gangosa.

Salía del bar cuando advertí que el reverendo Warlone se volvía bruscamente y me miraba.

Me detuve por cortesía y dije:

—¿Sí?

Pero él movió una mano en sentido negativo y volvió a sumergirse en el pozo sin fondo de su vaso de ron.

Esperé un instante, imaginando que aquel pobre hombre necesitaba de un amigo. Pero el reverendo Warlone alzó su vaso, bebió torpemente, derramó el helado licor sobre su pecho y volvió a dejarse caer pesadamente sobre el mostrador.

Capítulo 4

E

N Taihoua había un gran almacén general de mercaderías que explotaba el francés Julien Mardeau, un hombre de unos cincuenta y cinco años de edad que vestía rigurosamente de negro a lo largo de los doce meses del año.

Pero en el límite de la zona más moderna con el barrio nativo, existía una tiendecita que atendía un viejísimo y delgado isleño llamado Kandapori.

La noche anterior, unos nativos me habían asegurado —en el bar del motel— que Kandapori había cumplido «dos veces un siglo». Es decir, doscientos años. Naturalmente, esto me pareció una exageración propia de la confusa y vaga noción que los isleños suelen tener del tiempo.

Pero cuando a la mañana siguiente penetré en la tiendecita y Kandapori asomó su cabeza por encima del rústico mostrador, tuve que admitir que aquel hombre parecía viejísimo. No debía pesar más de cuarenta kilos y medía poco más de metro y medio. Se conservaba sorprendentemente ágil y sólo dos signos había en su persona que dieran la idea de vejez y sagaz inteligencia: sus cabellos blanquísimos y sus ojos grises, pequeños y perspicaces.

—Usted es el profesor John Carioli —dijo en cuanto nuestras miradas se encontraron.

—En efecto, señor Kandapori: soy John Carioli. Y tengo mucho gusto en conocerle —respondí, ofreciéndole mi mano, que el anciano estrechó suavemente.

Sus ojos se mantenían estáticos cuando pronunció:

—Por desgracia, profesor, ha llegado tarde.

Me quedé de una pieza.

—¿Por qué? —indagué, desconcertado.

—Porque su amigo ha muerto.

—¿Kaufmann? —murmuré, notando que los cabellos de mi nuca se erizaban.

—Sí —asintió.

Y su semblante se turbó, como si aquella respuesta le inquietase más a él que a mí. Y puedo asegurar que aquella noticia me paralizó.

Al cabo de unos instantes logré reaccionar.

—Pero... ¿no es posible! Teng Yi, el señor Sturgis... Ambos me dijeron que el profesor se encontraba en Tal— Akhai, investigando unos probables yacimientos arqueo-antropológicos.

Kandapori apoyó sus manos en el mostrador como si fueran alas de mariposa.

—Creo que no le mintieron —susurró mansamente.

—Pero... ¿esto es inconcebible! Está de acuerdo con las declaraciones del chino y de mi compatriota, pero por otra parte usted, Kandapori, acaba de asegurar que el profesor Kaufmann está muerto —protestó, confundido.

Al ver que seguía mirándome, impasible, inquirí:

—¿Usted ha visto su cadáver, tiene alguna prueba?

Unas mujeres nativas penetraron en ese momento en la tiendecita. Contuve mi ansiedad y aguardé a que Kandapori las atendieran. Las mujeres hicieron sus pedidos en francés, pero cuando el anciano les entregó sus encargos, una de ellas se volvió fugazmente a mirarme, giró enseguida su cabeza hacia Kandapori y murmuró unas rápidas frases en un idioma que no logré entender.

El viejo las despidió inmediatamente, muy excitado. Seguía gesticulando vivamente todavía cuando al fin se aproximó a mí y me miró.

—Profesor Carioli: yo no he visto el cadáver de Karl Kaufmann, pero los largos años que he vivido me han dado eso que ustedes llaman «sexto sentido» para intuir que mi amigo el profesor alemán ha muerto. No me pregunte más acerca de mi presentimiento. Sé que ha muerto y eso es todo.

Le miré largamente.

—Kandapori —imploré— si sabe que Kaufmann ha muerto, también podrá sospechar quién le mató.

El anciano se turbó.

—Dicen que le mató el «Krau» —murmuró, turbia la mirada repentinamente.

¡El «Krau», el hombre-lobo que recogiera Kaufmann cuando unos mercenarios se disponían a torturar a aquel pobre ser mitad hombre, mitad bestia!

Fue como un mazazo para mí.

Hablé fervientemente a Kandapori, le hice ver que el profesor se había comportado de la forma más tierna y humanitaria con el hombre-lobo de D'garang, que «Krau» había llegado a comer en su mano, que incluso se había negado a separarse del científico cuando Kaufmann le llevó una noche hasta los linderos de la selva. En una palabra, que llevado por mis impulsos, puse en conocimiento del isleño absolutamente todo cuanto yo sabía de aquel asunto.

Y finalmente, argüí:

—«Krau» no era intrínsecamente una bestia. Tenía la sensibilidad de un ser humano, aunque su cuerpo se asemejase a los de las bestias. ¡Sé que «Krau» jamás pudo atacar al profesor! En su cerebro humano debía guardar un recuerdo agradecido hacía nuestro amigo.

Pero Kandapori insistió sin mirarme:

—La gente de Taihoua dice que el «Krau» atacó al profesor Kaufmann cerca de Taihoua y le rompió la garganta de una sola dentellada. Dicen que el «Krau» tomó el cuerpo sangrante de su víctima y lo arrastró hacia las selvas de D'garang. Eso es lo que dicen, profesor Carioli. Aquella noche...

Kandapori calló, fatigado.

Pero yo me sentía en vilo y le azucé:

—¿Por qué calla? ¡Necesito saber todo lo que ocurrió!

—Gertie...

—¿Se refiere a la hija del profesor?

Kandapori asintió con un leve movimiento de los párpados.

—En efecto, profesor Carioli. Gertie llegó esa tarde a Taihoua conduciendo su «jeep». Parecía fuera de sí. Yo la vi descender del coche y saltar al suelo y precipitarse a la casa de su padre, que está precisamente enfrente de mi tienda — Kandapori extendió un brazo hacia la puerta—. Ella debía saber algo, aunque ignoro qué sabía exactamente. El profesor salió poco después. Yo estaba en la puerta de mi tienda y le vi. Tenía un rictus atormentado en su rostro, de común sereno. Yo tenía conocimiento ya de la relación de Gertie con el «Krau»...

Me abalancé sobre el mostrador y tomé los delgados antebrazos de Kandapori con ímpetu.

—¿Quiere decir... que Gertie, la hija del profesor, conocía a «Krau»? —grité histéricamente.

Kandapori me miró con extraña intensidad.

—¿No lo sabía? —pronunció sin alterar el tono de su voz.

Me contempló con una cierta compasión durante unos instantes. Luego su mirada alcanzó aquel extraño éxtasis. Se diría que Kandapori estaba dedicado con gran concentración a una intensa introspección de sí mismo. Estaba... realizando y resumiendo sus propios sentimientos y vivencias.

—Usted, profesor Carioli, acaba de llegar de un mundo diametralmente distinto de éste, que es el nuestro. Usted viene de una civilización donde todo se explica con máquinas y cerebros electrónicos, con ordenadores y sistemas complicados y rigurosamente exactos. Pero Tojoyo es otra cosa, otra civilización, otra forma de entender la vida —fue diciendo con un tono apacible y en cierto modo impersonal como si recitase una lección aprendida mucho tiempo atrás—. Ha venido y, por sus palabras, he comprendido perfectamente que usted conoce parte de lo ocurrido entre el profesor y el «Krau». Pero sospecho que no lo sabe todo...

—Pero... No puedo entender que Gertie, que la hija de Kaufmann... —protesté fervorosamente, movido por algún impulso que ni yo mismo comprendía.

Kandapori se me quedó mirando con aquella fijeza que me aterraba. Y sin embargo, su expresión era dulce y comprensiva.

—De modo que no sabe...

—¿Qué? —grité, lejos de toda compostura.

Dos jovencitas y otros dos niños menores irrumpieron en la tienda de Kandapori discutiendo de problemas nimios en voz alta.

Hice un tremendo esfuerzo por sofocar las preguntas que mis labios pugnaban por gritar.

Ni siquiera sé cómo tuve paciencia suficiente para aguantar en silencio durante los breves minutos aunque Kandapori tardó en atender sus peticiones de helados y golosinas. Al fin, los chicos salieron gritando y peleando entre sí, pero un minuto después la tienda de Kandapori recobraba su calma habitual.

Busqué un cigarrillo en mis bolsillos con gran agitación. Y cuando encontré un arrugado paquete, rompí el primer pitillo antes de llevármelo a los labios, tal era mi nerviosismo.

Serenamente, el viejísimo Kandapori sacó de alguna parte un bote de «Rothmans» y lo dejó sobre el mostrador de madera, junto a un modernísimo encendedor japonés.

Encendí un cigarrillo, fumé furiosamente y aspiré el humo hasta el fondo de mis pulmones.

—Se lo ruego, Kandapori —supliqué—. Dígame todo lo que sepa.

—Usted era un amigo del profesor Kaufmann, señor Carioli —dijo con voz pausada, como si el tiempo no le importase. Y añadió enigmáticamente—: En el tiempo que he vivido, he asistido a

nacimientos, acontecimientos felices, violentos... He vivido épocas de serenidad y de grave tensión. He sabido lo que es la amistad, el amor y la muerte...

Se detuvo un momento. No me miraba. Sus ojos estaban fijos en algún punto indefinido de la techumbre de la humilde tienda.

Empezaba a pensar que se había dormido, cuando se movió ligeramente y clavó de nuevo sus ojos en los míos.

—Usted era un buen amigo del profesor Kaufmann, lo sé. Muchas noches, cuando rugía el monzón y nos reuníamos en su casa para fumar tranquilamente una pipa y beber unas copas de *sake*, Karl me hablaba de usted. «Mi amigo americano», solía decir. Incluso tuvo la gentileza y la confianza de darme a leer algunas de sus cartas, profesor Carioli. Karl era para mí como un hermano. Comprensivo, paciente, profundamente humano... Hizo mucho bien a nuestra gente. Curó heridas, alivió enfermedades, consoló a todos... Incluso repartía su poco dinero, sus escasas pertenencias entre aquellos que más lo necesitaban. A veces me pedía, fiados, alimentos para los hombres y mujeres de mi propia sangre... Quiero decirle, John... ¿me permite llamarle John? Quiero decirle que yo jamás conocí a un hombre mejor que Karl G. Kaufmann. El estuvo esperándole mucho tiempo, John. ¡Oh, sí, mucho tiempo! Quería compartir con usted sus experiencias y estudios acerca del comportamiento del «Krau». Supongo que no sabía lo que hacía. Me refiero a su relación con el «Krau», meramente humanitaria y misericordiosa. Nosotros sí sabíamos... Y yo comenzaba a preocuparme, pero...

Oía a Kandapori con toda la atención del mundo. Pero advertía al mismo tiempo que el anciano perdía el hilo de su narración. ¿O era yo quien no lograba penetrar en su esquema mental?

Se interrumpió repentinamente. Instintivamente, giré hacia la puerta suponiendo que llegaban nuevos clientes, pero no había tal.

Kandapori dijo solamente:

—Es mejor que se marche, John. El barco llega mañana. Se lo ruego, márchese.

—No comprendo... —murmuré—. ¿Por qué he de...?

—Nuestro amigo ha muerto y nada podemos hacer ya. Si sigue aquí... Es posible que jamás logre escapar de esta isla — murmuró con una leve vibración en la voz.

Capítulo 5

M

E emborraché de forma infame aquella tarde. Creo que caí pesadamente al suelo en el bar del «Taihoua Motel», después de haber trasegado una docena de aquellos traidores combinados a base de ron, coco, piña y especias.

Una voz me había avisado aquella tarde. Una voz silente, persuasiva:

—Márchate. El barco partirá a primeras horas de la mañana.

Sin embargo, yo no podía olvidar lo que Kandapori me había dicho en su tienda. Y mucho menos al profesor Kaufmann.

Y además... GERTIE.

Tenía que hacer una o dos preguntas al anciano Kandapori.

Estaba pensando en ello cuando me deslicé de la barra al suelo pesadamente.

Por fortuna, algunos serviciales parientes de Teng Yi —la familia tenía unos treinta y dos miembros— me recogieron del suelo y me llevaron a mi habitación del motel.

En cuanto me depositaron en mi lecho, caí en un sueño profundo y pesado.

Sufrí unos delirios horrendos: soñé que Gertie —la preciosa hija de mi amigo Kaufmann— se introducía en la tupida floresta de D'garang en busca de «Krau».

El delirio era tan vivido, que yo podía ver perfectamente cómo su rubia y larga cabellera flotaba al viento al compás de su acelerada marcha, bajo los rayos de una luna enorme y rojiza que

parecía destilar gotas de sangre.

¿Cómo era posible esto, si yo jamás había visto a Gertie? Cierto que su padre me la había descrito con profusión de detalles. Era alta, esbelta, maravillosamente conformada, de largas y ágiles piernas, estricta cintura, busto atlético, facciones finas, netamente sajonas, pómulos muy pronunciados, nariz recta, ojos grandes, azules; y una larga y sedosa cabellera rubia.

Como decía antes, Gertie y yo no nos habíamos visto jamás. A pesar de lo cual, en mi pesadilla yo podía verla claramente a la luz cernida de aquella enorme luna de sangre que teñía de escarlata el borde de la selva de D'garang.

Debí agitarme violentamente en el lecho.

—¡No, Gertie, no! ¡Por amor de Dios, no sigas adelante! — gritaba yo como un loco, desesperadamente, debatiéndome en mi angustioso delirio.

Naturalmente, mi pesadilla había sido propiciada por las confidencias del anciano Kandapori. «*Yo tenía conocimiento de la relación de Gertie con el "Krau"...*», había declarado el viejo tendero de Taihoua.

Pero, ¿qué tipo de relación era la que unía a una bellísima y joven intelectual con un monstruo de la Naturaleza?

Kandapori no había sido muy explícito. Kandapori, el viejo sabio nativo, hablaba a ráfagas y callaba cuando quería.

Pero éste, verdaderamente, era el motivo de que yo me hubiera emborrachado brutalmente aquella tarde. No voy a decir que no estuviera acostumbrado al alcohol. La amarga verdad es que en la sofisticada civilización occidental, el alcohol forma parte de todos los rituales. Pero antes yo sabía dominarme, tomar unas copas y guardar la compostura. Sin embargo, la tarde anterior las declaraciones de Kandapori me habían perturbado profundamente.

Gertie había llegado a Tojoyo unos tres años atrás, dispuesta a pasar una larga temporada con su padre. De paso, tenía el proyecto de escribir uno o dos libros en el sereno paraíso.

¿Paraíso? ¿O más bien infierno?

Un nativo llamado Kondo me había hecho algunas revelaciones aquella misma tarde, acodados ambos en un rincón del bar del «Motel Taihoua».

Kondo era robusto y bajo de estatura, macizo. Un espléndido ejemplar de nativo, en cualquier caso. Bajo su piel dorada, perfectamente bronceada por mil soles, resaltaban atractivamente los bien desarrollados músculos. Kondo no tenía los ojos oscuros, sino de un tono indefinible entre el color de la miel y el gris nacarado de las conchas.

Empezamos la conversación hablando de bebidas. El había

vivido unos pocos meses en Australia y conocía a la perfección centenares de recetas para preparar deliciosos combinados tropicales.

De repente, me miró fijamente y dijo:

—Es la única medicina contra el miedo. Al menos, yo no conozco otras — pronunció en un impecable francés.

Me quedé de una pieza.

—¿Cómo...? —farfullé.

Seguía mirándome con esa expresión extática propia de los borrachos.

—Aún no le han puesto al tanto de las últimas noticias, según veo.

—¿Qué noticias? ¿Por qué tiene miedo? —inquirí.

Eché una desconfiada mirada a su alrededor.

—Es la maldición del «Krau» —dijo, luego, en un murmullo apagado.

Naturalmente, tal declaración avivó mi curiosidad.

Pedí sendas copas para Kondo y para mí.

Animado por mi invitación, al nativo se le desató la lengua de repente.

—¿Quiere que le diga mi opinión? —susurró con voz torpe—. Un hombre, un ser humano, jamás puede ponerse al nivel de una bestia —paladeó un largo sorbo de su helado vaso y añadió—: «Herr» Kaufmann cometió el error de interceder por el «Krau». Invirtió casi todos sus ahorros en pagar al francés por el monstruo. Y se lo llevó a casa...

Calló durante largo rato. Kondo perdía el hilo de su narración fácilmente, quizá como efecto de la cuantiosa cantidad de alcohol ya ingerido.

Al cabo, insistí, lleno de impaciencia:

—Bien. ¿Y qué más...?

Alzó los gruesos párpados con lentitud.

—Después... Todo el mundo lo sabe: el sabio trataba a la bestia como si fuera un ser humano, lo cuidaba, lo mimaba. Nosotros... estábamos todos aterrados. Apenas podíamos creer que la peligrosa bestia olvidase su instinto salvaje, no podíamos comprender qué clase de vínculo unía a «herr» Kaufmann con el «Krau», pero lo cierto era que el animal comía en su mano pacíficamente. Y luego...

Una nueva y larga pausa. Kondo había agotado su vaso y pedí inmediatamente una segunda ronda.

Sólo el alcohol desataba su lengua. Que era así, lo comprendí cuando al fin el nativo prosiguió su conversación.

—Sí, ya lo sé. Lo soltó en la selva, consciente de que «Krau» era peligroso. Pero nunca debió hablar de ello a su hija. Ahora... «herr»

Kaufmann está muerto. El «Krau» lo mató —afirmó con profundo pesar.

Bebí ávidamente de mi vaso. El alcohol debía estar haciéndome efecto, pues me sentía cada vez más seguro de mí mismo.

Y ansioso, ávido de saber. No experimentaba el menor temor en aquel momento. Solamente pura e intensa curiosidad.

—¿Usted... usted tiene pruebas de lo que acaba de decir? —le presioné.

Tragó saliva. Y bebió una vez más.

—Yo vi su cadáver, contemplé con horror su garganta destrozada por los temibles colmillos del «Krau».

¿Era digno de crédito un hombre borracho?

De todas formas, Kondo hablaba con acento sincero. Y además, parecía muy asustado.

—¿Dónde? —murmuré.

Kondo apretó las mandíbulas.

—Yo sé conducir automóviles. De vez en cuando, el profesor me pedía que condujera su «jeep», ¿comprende? pero, otras veces, «herr» Kaufmann prescindía de mí y partía solo en su automóvil hacia cualquier lugar indefinido —relató con voz lenta y dificultosa—. Por eso, de alguna forma, me sentía obligado hacia él, que tantos favores nos hizo a todos. Y luego, aquella noche...

—¡Siga! —le animé, incapaz de soportar mi tensión interior.

Tuve que pedir nuevas copas antes de que Kondo se decidiese a continuar su inquietante relato.

—Su hija llegó conduciendo torpemente el «jeep» en el momento en que se desataba sobre Taihoua una violenta tempestad. Yo no la vi, pero algunas personas aseguraron que «fraulein» Kaufmann tenía las ropas destrozadas y manchadas de sangre...

—Y usted, Kondo...

—Cuando conocí la noticia de la llegada de la hija del profesor, intuí que lo que tanto temía había sucedido finalmente. Corrí a la casa del profesor. Gertie yacía en el lecho, en posición fetal, como una niña desvalida...

Kondo aseguró que intentó por todos los medios arrancarle una palabra.

—No lo conseguí. Temblaba como una hoja de cocotero azotada por el más furioso de los monzones. Sollozaba y chillaba como una posesa y se debatió furiosamente cuando puse mis manos sobre ella. Incluso intentó morderme... Bueno, salí de la casa y pedí ayuda. Por desgracia, en Taihoua no tenemos médico aunque cada tres meses el gobierno de la República Francesa lleva a cabo una inspección de sanidad en esta isla. Las mujeres no querían acudir en auxilio de «fraulein». Para ellas, Gertie estaba maldita desde que... desde que

se atrevió a profundizar en la selva en busca del «Krau».

Me mordí los labios de puro nerviosismo.

Atenacé a Kondo por los robustos brazos y dije:

—¿Qué clase de relación es ésa de que se habla? ¿Qué era lo que unía a la hija del profesor con el hombre-lobo de D'garang?

El nativo vaciló.

Le costó un esfuerzo enorme balbucear:

—Yo no lo sé... «Herr» Kaufmann aseguró que a su hija le había interesado profundamente el caso del «Krau», mitad hombre, mitad fiera salvaje. Para el profesor, el interés de Gertie por el hombre-lobo de D'garang era meramente científico. Pero las gentes de Tojoyo...

—¿Qué?

—Compréndalo, señor Carioli, son personas elementales, sin malicia, pero muy supersticiosas y fácilmente influenciables. No sé de dónde salió el rumor... —Kondo calló, prudente.

Pero mi desbordado interés me impulsó a insistir de nuevo:

—¿Qué pensaban los nativos de esta isla?

—Green que... Ya imagino que le parecerá una monstruosidad, señor Carioli, pero hay quien afirma que Gertie Kaufmann se enamoró del «Krau». Incluso hay quien sostiene que ella y la bestia mantuvieron una relación íntima.

Esta declaración de Kondo estuvo a punto de provocar una de mis atípicas reacciones violentas. Por un momento, estuve a punto de tomar una de las botellas que se alineaban en la barra y estamparla furiosamente en el ancho rostro del nativo.

Pero logré contenerme. Y a cambio me emborraché concienzudamente hasta perder el conocimiento.

Capítulo 6

P

ROBABLEMENTE, fueron estas vivencias las que provocaron en mi subconsciente el horrendo delirio que me atormentó durante las primeras horas de la noche. (Bueno, no voy a negar que es muy posible que el abundante alcohol ingerido tuviera también que ver mucho en aquella horrible pesadilla).

En un momento dado de mi sueño, vi cómo Gertie Kaufmann se detenía en un claro de la selva.

Sus húmedos labios entreabiertos brillaban a la luz de la luna y las hebras de oro de sus cabellos tenían un resplandor fantástico, que iluminaban su hermosísimo rostro de forma fantasmal.

De pronto, advertí que Gertie estaba completamente desnuda. Y desde luego el suyo era un cuerpo de ensueño.

Vacilaba, giraba sobre sí misma, escrutaba la umbría floresta a su alrededor, parecía ansiosa por escuchar a alguien.

¿Alguien?

¿Quién podía ser el objeto de sus anhelos, sino el detestable «Krau»?

Luego vi a Gertie corriendo a lo largo de una senda en medio de la selva. Su silueta, apenas entrevista en el claroscuro, aparecía a veces con un fulgor dorado y desaparecía inmediatamente en las lóbregas umbrías.

Y luego se detuvo en un claro.

Demostraba una ansiedad infinita. Sus grandes ojos fosforescían en la penumbra, escrutando aquí y allá, girando sobre sí misma con

los brazos despegados de sus redondas caderas y las aletas de su perfecta nariz distendidas al máximo, como si le faltara la respiración.

Y entonces oí sus gritos.

— ¡«Krau», querido «Krau»! ¡No tienes que ocultarte! ¡Soy yo, Gertie!

Las tinieblas se espesaban de tal forma que en mi delirio yo apenas podía ver otra cosa que el cuerpo esplendente de la joven en medio de una oscuridad de terciopelo negrísimo.

Y ella seguía formulando su patética llamada:

—¡Por favor, «Krau», no te escondas! ¿No ves que soy yo?

Sopló el viento con fuerza, agitando violentamente las copas de los altos árboles que formaban frondas espesas.

Y se oyeron los crujidos de las ramas secas holladas por algún ser misterioso. Yo me esforzaba en ver algo, pero la oscuridad era tan densa, que sólo el cuerpo dorado de Gertie Kaufmann era visible.

Al cabo, oí un jadeo profundo, terrorífico.

Y una sombra se destacó de la jungla.

¡«Krau»...!

Las facciones de Gertie se distendieron inmediatamente. Sus ojos brillaron gozosos y sus finos brazos se tendieron con fervor hacia aquel lugar más espeso de la selva donde acababa de insinuarse una silueta vertical, gigantesca y terrible.

— ¡«Krau»...!

Pero yo gritaba a mi vez:

—¡No, por favor, Gertie, no vayas! «Krau» te...

Pero era inútil.

Gertie corría alocadamente y se fundía con las tinieblas.

Exhalé un alarido. Un chillido de frustración, despecho y temor.

En mi sueño, me vi galopando temerariamente a través de la oscura selva.

Las ramas azotaban mi rostro y las raíces y arbustos espinosos herían mis piernas, pero yo seguía adelante con el impulso fanático de un alucinado.

No sentía miedo. Sólo me importaba Gertie y su seguridad. ¿O acaso me sentía devorado por los celos?

Era inicuo. Una hermosísima mujer que... sólo se sentía atraída por un monstruo. ¿De nuevo el mito trasnochado de la Bella y la Bestia? Y, en cualquier caso, una tercera persona, atormentada, que cerraba el triángulo: yo.

Me sofocaba, me asfixiaba, apenas tenía fuerzas para continuar aquella peligrosa persecución. No podía distinguir nada, pero intuía el peligro amenazándome en medio de las densas tinieblas.

¡Y, súbitamente, la luz! Luz resplandeciente, luz clarísima, que caía a raudales sobre las estribaciones de la montaña.

—¡Tal-Akhai! —murmuré, fascinado.

Avancé.

Una catarata de lava solidificada caía desde las alturas formando pavorosas pero atractivas ondulaciones que parecían colgar en el aire pendientes de las altas y erizadas crestas del volcán.

Entonces los vi claramente.

«Krau», gigantesco y terrorífico, y la bellísima Gertie se hallaban en lo profundo de una de las numerosas cavernas que el magma, al solidificarse, había formado en la vertical superficie de la cascada.

Un rayo de luna penetraba allí y llenaba de una luz espectral la cueva.

Las dos siluetas, una admirable, bellísima; la otra peluda y horrenda, contemplaban algo que se encontraba sobre el fondo de la gruta.

Miré y... quedé horrorizado.

Mis ojos contemplaban, desorbitados, el rostro exangüe de mi amigo el profesor Karl Kaufmann.

Una herida atroz, todavía sangrante, cruzaba la garganta de mi viejo amigo. Una herida profunda, sangrienta, de bordes irregulares.

Era... el resultado de una dentellada animalesca.

No podía ver el rostro de «Krau», que quedaba siempre en las sombras, pero imaginé que sonreía siniestramente, en su cínico goce de fiera sedienta de sangre... ¿Quién sino él podía haber abatido de forma tan bestial al pobre profesor...?

El rostro de Gertie reflejaba un abatimiento sin límites. Temblaban sus labios, ahora yertos, y su bella faz tenía un tinte oliváceo muy desagradable.

Súbitamente, ella huyó horrorizada.

El «Krau» pasó junto a mí, jadeando profundamente, como la fiera que teme dejar escapar a su preciosa presa.

Y yo quedé allí, inmóvil, helado de espanto. Mis ojos enloquecidos miraban el cadáver de Kaufmann fijamente, para desviarse luego hacia la profunda floresta por donde había desaparecido Gertie, perseguida por el hombre-lobo de D'garang.

Impávido, incapaz de reaccionar, mis pies seguían hincados sobre el mantillo húmedo del borde de la selva, contemplando con horror el cadáver de mi amigo.

Pero un sonido nuevo me hizo reaccionar. Un aullido ululante y bestial, seguido de un gruñido animalesco, que heló la sangre en mis venas.

Era... ¡Era como si «Krau» hubiera dado alcance por fin a la valquiria rubia! Como si sediento de sangre, acabase de clavar sus

aguzados colmillos en el cuello fino y nacarado de la maravillosa Gertie Kaufmann.

—¡Nooooo! —grité, espeluznado.

Debí caerme de la cama en ese momento, porque a la mañana siguiente —cuando tomaba un baño frío para esclarecer mis ideas— descubrí la mancha violácea de un considerable hematoma en mi cadera derecha.

El golpe fue considerable, pues las camas del «Motel Taihoua» eran excesivamente altas.

Pero de repente me di cuenta de que estaba despierto, totalmente despierto.

Dolorido y sorprendido, me incorporé, masajeeé la cadera golpeada y me senté en la cama.

Mis sienes latían aceleradamente y mi cuerpo estaba empapado en sudor de los pies a la cabeza.

Sentía una sed insoportable y bebí directamente de la jarra llena de agua fresca que alguien había tenido la precaución de dejar sobre mi mesilla de noche.

Luego respiré hondo.

—¡Sólo era una pesadilla! —me dije, reconfortado.

Respiré profunda y lentamente otra vez y poco a poco noté que la consciencia volvía a mí.

—Un estúpido y doloroso delirio —gruñó.

La culpa era de los numerosos —y traidores— combinados que había despachado tontamente la tarde anterior.

Como Kondo me había asegurado, los cócteles que preparaban en el bar del motel no provocaban horribles resacas posteriores, pero yo comenzaba a sospechar que hubieran añadido a mis copas algunas sustancias capaces de propiciar terribles pesadillas.

Me puse en pie y fui hasta la ventana.

Soplaba una brisa suave, un aura agradable que evaporó en pocos segundos el sudor de mi piel y me produjo una amable sensación de frescura.

—¡Qué tontería! —murmuré, acodado sobre el alféizar y aspirando gozosamente aquel fresco viento que provenía del mar—. Imaginar que Gertie, que el «Krau», que el profesor Kaufmann...

Pero había sido un sueño tan vivido, tan real, que mi cerebro se debatía aún en el desasosiego.

—Un simple sueño —me repetí, tratando de convencerme a mí mismo.

Desde el primer piso del «Motel Taihoua» se divisaba casi todo el poblado. Estaba el pequeño puerto, la media docena de *docks*, las siluetas enhiestas de dos grúas, la avenida principal de Taihoua, la gran explanada circular llamada Place de la Liberté, las sinuosas

hileras de casas del suburbio indígena, las rectas filas de construcciones habitadas por los europeos... Y poco más allá, el borde verdi-negro de la selva, tan próxima.

Al principio, ni siquiera advertí que era noche de luna llena. Y, cosa curiosa, el disco lunar —apenas elevado sobre la línea del horizonte— tenía un color anaranjado, casi rojizo.

¡Como en mi sueño...!

Y también como en mi delirio recién terminado, oí de repente un aullido lejano.

Me agité en un respingo de animal sobrecogimiento.

Y me palpé fuertemente los brazos, ansioso por comprobar que mi pesadilla había terminado.

—Estoy despierto, no cabe duda —pensé—. Pero ese aullido...

Presté atención a los rumores que provenían de Taihoua y mis ojos escrutaron el borde de la selva con cierta ansiedad.

No pude vislumbrar el menor movimiento.

El poblado estaba en calma. La luz rojiza del astro lunar bañaba los edificios, las calles, los caminos que partían hacia la selva y el remoto Tal-Akhai. No había un solo ser vivo a la vista.

Taihoua dormía plácidamente bajo la luz de la luna.

—Debo controlar mis nervios —me propuse—. Ese aullido... Debió ser un perro callejero, un inofensivo animal que busca unos residuos que le sirvan de pitanza.

Estaba dispuesto a volverme a la cama, cuando oí de nuevo el aullido.

¿Aullido?

Creo que no fue tal, sino más propiamente una especie de gruñido ululante y prolongado.

—En cualquier caso, no es un perro quien lo ha producido —pensé. Y un escalofrío me recorrió enteramente.

Elevé la persiana aún más y mi mirada recorrió, ávida, los tejados de la aldea, las calles, el borde de la negra jungla...

Un alarido estridente rasgó el silencio de la noche.

Un alarido inquietante, exhalado por una garganta humana.

Un grito agónico, que terminó enseguida.

Luego vi correr una oscura y gigantesca silueta desde el confín del suburbio a la selva.

Era una figura humanoide, que se desplazaba con largos y ágiles saltos y desapareció al fin, tragada por la negrura de la densa floresta que se iniciaba a pocos metros del confín de Taihoua.

Quedé quieto, inmóvil, cavilando sobre la confusa posibilidad de que los sueños puedan plasmarse en realidad.

Unas voces excitadas me sacaron del doloroso éxtasis. Voces de personas que gritaban en alguna parte. Personas que yo no podía

ver.

Luego restallaron, estrepitosos, dos o tres disparos.

Incapaz de permanecer pasivamente en mi habitación, encendí la luz, me vestí y me dispuse a bajar al vestíbulo.

Una ira ciega me poseía en aquel momento. Hubiera deseado estar en posesión, también, de algún arma de fuego con la que no sólo estaba dispuesto a defenderme si llegaba el caso sino incluso a atacar.

Bajé apresuradamente la escalera y vi a Teng Yi.

Me abalancé hacia él.

—¿Qué diablos ocurre en Taihoua? —grité—. Acabo de escuchar unos rumores muy sospechosos: unos aullidos propios de fiera, un alarido de agonía, disparos... ¡Y usted permanece tras su mesa tan tranquilo!

Teng Yi sonrió levemente.

—La experiencia me ha enseñado que de nada vale apresurarse, señor Carioli —dijo despaciosamente—. Ustedes los occidentales, no son como nosotros. Se lo toman todo a la tremenda. No debe preocuparse, aquí está seguro. Mis hijos y yo poseemos algunas armas de fuego muy eficientes y modernas. Cállese.

Me agité, indignado.

—Así que debo mostrarme tranquilo. ¡Pero ese grito de agonía...! ¿Es que no lo ha oído? —barboté.

Asintió mansamente.

—Yo apenas duermo una o dos horas, señor Carioli. Es el secreto para vivir mucho más —respondió—. Por tanto, he oído todo eso que usted describe tan apasionadamente.

Filosofía oriental. La filosofía de aquellos que más que vivir estudian los problemas del resto de los humanos.

—No tema —repitió, viéndome tan exaltado—. Mis hijos han salido. Llevan excelentes rifles «Paraviccino» y saben tirar muy bien. Dentro de poco volverán y nos dirán qué ha ocurrido.

Y así fue, en efecto.

Volvieron diez minutos más tarde.

Eran cuatro ágiles y pequeños muchachos de veintitantos años que empuñaban eficaces rifles de fabricación europea.

El mayor de los cuatro habló rápidamente con su padre. En chino, desde luego.

Finalmente, Teng Yi tuvo la amabilidad de informarme:

—El «Krau» ha vuelto a Taihoua. Y esta vez ha destrozado la garganta de una dentellada a una pobre mujer. Una joven ciega llamada Kailori. No se puede hacer nada, pues el «Krau» ha huido hacia la selva y perseguirle ahora sería tanto como meterse torpemente en una trampa mortal. Pero mis hijos han visto unas

manchas de sangre. Es posible que ese monstruo haya resultado herido de consideración...

Unió las manos en un ademán pasivamente conciliador y añadió:

—Por ahora, nada puede hacerse. Mis clientes están bien protegidos. Puede irse a dormir tranquilamente, profesor Carioli: apenas son las tres de la madrugada...

—¡Es inconcebible! —bramé—. ¿Y esa pobre joven ciega, cómo ha dicho que se llama? ¿Kailori?

—Kailori está muerta. Mis hijos la han llevado a su casa y han cubierto el cadáver con una esterilla. Mañana será enterrada. Pero usted, profesor, y yo, seguimos vivos. Por favor, váyase a dormir.

Me fui.

Pero no dormí.

Capítulo 7

A

las ocho de la mañana siguiente, me entrevisté con monsieur Julien Mardeau, que además de poseer un gran almacén de mercaderías, ostentaba el grado de prefecto en Tojoyo. Pero como el propio Mardeau dijo:

—Mi cargo es representativo, pero apenas, también, honorífico. No poseo autoridad, propiamente dicha. Mi función es como la de un cónsul, pero menos. La verdad es que sólo intervengo en asuntos de poca importancia.

Es decir, en pocas palabras: Mardeau no era nadie.

—Sí, imagino que se refiere a esas habladurías sobre la muerte del profesor Kaufmann. Y sobre el mítico «Krau» — añadió, al verme pensativo.

—Bien. Anoche murió una pobre mujer. Ciega, para más detalles. Yo acabo de ver su cadáver. Kailori tiene la garganta partida de una enorme tarascada. La herida de su cuello es impresionante... ¿No cree que un asunto así debería investigarse inmediatamente? —le dije.

Juntó las cuidadas manos y se las acarició suavemente.

—Tengo entendido que usted era amigo del profesor Kaufmann... —insinuó.

Monté en cólera.

—¡Mi amistad con el profesor Kaufmann no tiene mucho que ver en esto! —estallé. Le miré fijamente, tratando de contener mi ira, y añadí—: ¿No hay hombres en Taihoua capaces de ir a la caza de ese

monstruo?

Recordando estas palabras más tarde, yo llegué a comprender fácilmente que, aunque de forma sutil, yo había empezado a odiar a «Krau» mucho antes de que Mardeau y yo mantuviéramos aquella conversación.

Mi anfitrión sonrió sin ganas.

—Profesor Carioli —respondió—, usted viene de la poderosa, sofisticada y moderna Norteamérica y probablemente no podrá comprender al primer golpe de vista las cosas que ocurren en un lugar tan remoto como Tojoyo, donde todo son supersticiones y leyendas, ritos y creencias que ningún occidental admitiría fácilmente —(¿dónde había escuchado yo un argumento similar? Lo supe inmediatamente: de labios del anciano Kandapori)—. Pero por encima de todo hemos de atender, usted y yo, a un hecho real: los nativos de Taihoua están aterrados. No sé si ese hombre-lobo mató a Kaufmann. Ni siquiera estoy seguro de que el profesor alemán haya muerto. Ciertamente hace más de un mes que no le vemos por el poblado, pero en ocasiones ha permanecido meses enteros sepultado en la selva o en las estribaciones de Tal-Akhai. Aquí es imposible formar un grupo de gente serena y decidida para buscar a Kaufmann o a cualquier otra persona. Están aterrados con esa leyenda del hombre-lobo. Desde hace casi un mes, nadie se arriesga fuera de la aldea. Así que usted verá...

Reflexioné un momento. Comprendía que no podía esperar la menor ayuda —material o moral— de Julien Mardeau.

—Vine aquí porque pretendo viajar a la selva e incluso a Tal-Akhai para saber de una vez la suerte corrida por mi amigo, Karl Kaufmann —le dije, al cabo—. Creí, simplemente, que usted, como prefecto, debería autorizarme.

Mardeau no se emocionó lo más mínimo.

—Puede hacer lo que le dicte su buen sentido —respondió. Y añadió, inmutable—: Le deseo buena suerte.

Ya me disponía a abandonar su bien montado negocio, cuando me volví en la puerta y le pregunté:

—¿Puede decirme dónde se encuentra Gertie, la hija del profesor?

Mardeau se encogió de hombros con un movimiento leve.

—Lo ignoro. Sé que ella regresó sola de Tal-Akhai conduciendo el vehículo propiedad de su padre. He oído decir que Gertie parecía enloquecida... No me extraña: es una joven excesivamente apasionada, atolondrada. Intenté entrevistarme con ella al día siguiente y me dirigí a la vivienda del profesor Kaufmann: allí no había nadie. Se diría que un huracán había destrozado el interior de la casa, pues había muebles rotos o volcados por doquier, amén de

papeles, libros, enseres... El «jeep» del profesor estaba encerrado en el pequeño corral que existe en la parte posterior de la casa...

—Pero Gertie... —le interrumpí.

—Desapareció —dijo Mardeau—. Yo, al menos, no he vuelto a verla. Algunos nativos piensan que «fraulein» Kaufmann huyó de Tojoyo en el barco que cada veinte días recalca en el puerto de Taihoua. Sin embargo, debo decirle que yo no he podido comprobar tal aseveración. Precisamente una de mis funciones es presentar al capitán Lejendre la lista de embarque de las personas que abandonan Tojoyo por el motivo que fuere. Y en el rol no estaba «fraulein» Kaufmann...

—¿Pudo introducirse a bordo clandestinamente? —le consulté.

Mardeau tornó a encogerse de hombros con un gesto muy suyo.

—Quizá. Eso no sería difícil en un puerto como el de Taihoua, en el que no existe vigilancia alguna. De todas formas, yo lo ignoro. No sé si Gertie Kaufmann huyó de Tojoyo subrepticamente y volvió a la selva. Eso es todo, profesor Carioli.

Parecía un poco nervioso. Era ostensible que deseaba despedirme cuanto antes, por lo que me mostré agradecido a sus informes y me marché.

Encontré a Kondo en el bar anexo al vestíbulo del «Motel Taihoua».

Tenía un aspecto fresco y lozano y devoraba en la barra un succulento y abundante desayuno a base de huevos, jamón, frutas y café, amén de una enorme montaña de tostadas.

Le saludé y le pregunté si querría venir conmigo a D'garang y, si era preciso, a las estribaciones del volcán Tal-Akhai.

Ni siquiera lo pensó.

—Por supuesto que sí —dijo—. Naturalmente, necesito algo de...

Y frotó expresivamente el índice y pulgar de su mano diestra en ese gesto universal que todo el mundo traduce fácilmente por *dinero*.

—Le pagaré, desde luego. Pero imagino que, dadas las circunstancias, deberíamos emprender el viaje bien protegidos. Yo no dispongo de ningún arma. ¿Usted?

Deglutió un bocado, bebió un gran vaso de zumo de papaya, se limpió los labios cuidadosamente y declaró:

—No se preocupe por eso: poseo un excelente fusil «Mauser» de precisión y un par de revólveres. Y munición abundante. También tengo prismáticos, mira telescópica, cuchillos, machetes... En cuanto al dinero, me conformaré con cincuenta dólares diarios.

Al ver mi gesto de asombro, se apresuró a aclarar:

—Yo también tengo miedo, señor Carioli. Entiéndalo: no voy a acompañarle por un simple puñado de dólares. Si voy con usted es

porque el profesor también era amigo mío.

Le expresé que estaba de acuerdo en pagarle cincuenta dólares por cada jornada que permaneciera a mi servicio.

Verdaderamente no era caro, si se tiene en cuenta que además de acompañarme, Kondo estaba dispuesto a prestarme parte de su equipo.

Se apresuró a terminar su increíble desayuno, se levantó, pagó a uno de los hijos de Teng Yi y me acompañó hasta el vestíbulo.

—¿Cuándo quiere partir? —me preguntó.

—Ahora mismo. Cuando sea posible, cuanto antes mejor —respondí.

—Pero hasta D'garang hay muchos kilómetros de difíciles caminos. Encaminarse allí a pie sería una locura y nos llevaría varias jornadas —explicó.

—¿A pie? De ninguna manera. Según tengo entendido, el «jeep» del profesor se encuentra estacionado en el corral posterior de la vivienda. Pues bien: lo tomaremos prestado. Aquí a nadie parecer importarle nada, de modo que... Además, estoy seguro de que mi amigo Kaufmann estaría de acuerdo —repuse.

—Muy bien. Vayamos a echarle una ojeada —propuso Kondo.

Caminó ante mí, vistiendo un delgado pantalón de algodón por toda vestimenta. Calzaba unos mocasines muy cómodos que podían adquirirse tanto en el gran almacén de Julien Mardeau como en la tiendecita del viejo Kandapori.

—Cómprase unos como los míos. Es un buen consejo, pues ya veo que su calzado no es el más adecuado para caminar por largo rato o escalar cerros —me dijo Kondo cuando le hice alusión a sus mocasines.

Me explicó que los nativos artesanos los fabricaban enteramente a mano y que el material empleado era la piel de los cerdos salvajes que abundaban en Tojoyo.

Empujamos la puerta de la vivienda del profesor Kaufmann. Sentí una tristeza indescriptible al contemplar aquellos muebles rotos, desvencijados y volcados que llenaban las distintas piezas de la casa. Mardeau habían hablado de libros y papeles. Ciertamente vi unos centenares de libros científicos tirados al suelo de forma irreverente, pero por más que miré y remiré no encontré uno solo de sus manuscritos. Esperaba hallar su estudio sobre el comportamiento de «Krau», pero finalmente me rendí a la evidencia, decepcionado; allí no se encontraban tales legajos.

El «jeep» sí estaba en el corral posterior, adornado con lujúrientos ejemplares de la flora isleña.

Kondo subió al vehículo, alzó el capot, miró aquí y allá y finalmente se volvió hacia mí.

—El depósito de combustible está casi vacío. Pero no importa: Mardeau tiene suficiente gasolina para vender —dijo.

Bajó, abrió la verja de palma trenzada y volvió tras el volante.

—Suba profesor —dijo.

Obedecí.

Kondo dio al arranque. El motor zumbó al tercer intento. Sin embargo, a lo largo del trayecto, el vehículo rodaba a tirones, anuncio de que la gasolina existente en su depósito era muy escasa.

En el almacén, un dependiente de Mardeau nos suministró seis bidones de gasolina de veinte litros cada uno, tres de los cuales fueron a parar al depósito. Los tres restantes fueron cargados, bien sujetos, en la parte posterior del automóvil.

Hice una serie de compras en el almacén, además de un par de aquellos flexibles mocasines de piel de cerdo salvaje: víveres, una potente lámpara a gas y un par de linternas eléctricas, amén de tabaco, cerveza y un par de botellas de whisky.

Nos dirigíamos en el «jeep» a la casa de Kondo, situada en el suburbio indígena, cuando escuché un característico trepidar aéreo. Se trataba de un zumbido arrítmico, tan extraño que calculé que sólo podía tratarse del hidroavión del curioso capitán McNee.

Y no me equivocaba: allá en el aire, a menos de doscientos metros de altura, el «Fokker» del *pirata* McNee evolucionaba pesadamente para enfilar el abrigo de la bahía después de pasar por encima de los rugientes arrecifes de coral.

Kondo frenó en seco. Haciendo visera sobre sus ojos con una mano extendida, murmuró:

—¡McNee! ¿A quién traerá ese viejo bucanero?

Eso mismo estaba preguntándome yo. Me sentía lleno de curiosidad, de modo que dije a mi eventual ayudante:

—Es posible que lo comprobemos en pocos minutos si nos dirigimos al puerto.

Cuando llegamos al muelle, el hidroavión pasaba espeluznantemente por encima de las crestas espumosas del arrecife y sus deslizadores marcaban profundos surcos azulados en las aguas de la bahía.

Ni siquiera bajamos del «jeep». Desde nuestros asientos, vimos acercarse la aeronave, que giró a menos de cien metros del muelle y quedó flotando al paio.

—¿Qué milagro será ése? —exclamó Kondo.

—¿Cómo...? —murmuré, distraído.

—McNee jamás se molesta tanto por sus pasajeros. Normalmente, como le ocurrió a usted, los deposita en un bote neumático y los deja que lleguen a puerto por sus propios medios. Pero en esta ocasión...

Entorné los párpados y advertí que Kondo tenía razón. Desde el hidroavión, acababa de lanzar un bote neumático. Distinguí la achaparrada silueta del capitán McNee, que tendía su brazo a una mujer que saltó igualmente a la embarcación neumática. Alguien — probablemente «Teep» Palmer, el mecánico— les entregó un par de remos y hombre y mujer se separaron de la aeronave y bogaron desigualmente hacia el muelle.

Mi asombro fue desmesurado cuando —próximo ya el bote— reconocí a la mujer. Se trataba de Milly O'Higgins.

¿La recuerdan? Era la seca y ñoña mujercita que yo había tenido la desdicha de conocer, días antes, a bordo del «Boeing» en el trayecto Johannesburg-Manila. Claro que, finalmente, Milly O'Higgins me había deparado una sorpresa mayúscula cuando, en el mayor cabaret de la capital filipina, se puso inesperadamente a interpretar un erótico *strip-tease*.

—¿Qué diablos se le habrá perdido en un lugar como Tojoyo? — me pregunté, profundamente intrigado.

Pensar en Milly O'Higgins me suscitó otro pensamiento: ¿Y Sturgis, qué había sido de él? En el «Motel Taihoua», la única vez que nos habíamos visto, Sturgis aseguró que se dirigía a la isla de Waimipuru, donde se disponía a filmar unas escenas submarinas cuyos protagonistas eran los feroces tiburones grises.

¿Había regresado ya? Si era así, Sturgis no había dado señales de vida.

Como no me interesaba en absoluto entrevistarme con la sorprendente Milly O'Higgins, dije a Kondo que fuéramos a su casa para recoger su equipo cuanto antes.

A las once de la mañana, Kondo y yo abandonábamos Taihoua a bordo del «jeep» del profesor Kaufmann.

La temperatura debía ser de unos treinta grados, pero el ambiente estaba tan saturado de humedad que a los pocos minutos de penetrar en la selva me sentí empapado en viscoso sudor.

En cierto modo, yo había imaginado que el trayecto hasta las profundas junglas de D'garang no supondría otra cosa que un paseo de mayor o menor duración. Pero media hora después había cambiado de opinión: el camino era infernal.

No se trataba ya de las cerradas columnas de mosquitos rabiosos que de vez en cuando se abatían sobre nosotros, sino de la irregularidad del sinuoso camino, de los troncos que obstaculizaban frecuentemente la marcha, del hedor putrefacto que exhalaban las ciénagas, pero sobre todo lo que menos podía asimilar era la temperatura creciente y la humedad reinante que me mantenían constantemente bañado en sudor.

—Vaya lo uno por lo otro —pensé resignado, recordando que

me sobran unos kilos de peso—. En esta ocasión, seguro que lograré afinar mi silueta.

Kondo, más precavido, me tendió un pequeño aplicador de crema anti-picaduras y a partir de aquel momento los mosquitos dejaron de atormentarme. Eso sí, cuando atravesábamos un claro soleado, los insectos bullían monótonamente a nuestro alrededor, zumbaban sin cesar e incluso se nos metían por ojos, nariz, boca y oídos.

Sin embargo, el paisaje era grandioso. El camino discurría a veces bajo elevadísimas bóvedas de verdor que el sol era incapaz de traspasar. A cada momento, contemplaba fascinado los claroscuros y contrastes luminosos de colores esmeraldinos y a veces descubría entre el follaje umbrío enormes y hermosísimas flores que exhalaban un aroma sutil y mareante.

Hacia la una del mediodía, el «jeep» vadeó un riachuelo de aguas cristalinas.

Me sorprendió el frenazo con el que Kondo hizo detener el vehículo en la otra orilla, pues a punto estuve de estampar mi rostro contra el parabrisas.

—¿Qué sucede? —le pregunté, alarmado.

Me impuso silencio con un perentorio gesto. Y yo callé como un muerto.

Presté toda mi atención, agudicé el oído. Todo lo que pude percibir fue el sonoro glu-glu de las aguas que iban a esconderse en la jungla y los cantos armoniosos de los exóticos pájaros en algún lugar ignorado de la floresta.

Miré a Kondo. Mi ayudante parecía sumamente atento a los sonidos. Al cabo, movió la cabeza de uno a otro lado, desconcertado.

—No sé, me pareció oír...

—¿Qué?

—Un aullido.

Me encogí sobre mí mismo. Pero un momento después prorrumpía en una carcajada nerviosa.

—No, por Dios, Kondo. Es de día y el sol luce esplendoroso. Si «Krau» apareciese ahora mismo, no nos costaría mucho abatirlo a balazos. Le aseguro que fui tirador de primera durante mi estancia en el Ejército de los Estados Unidos —bromeé.

Pero Kondo no estaba para bromas.

—No se confíe, profesor. «Krau» puede caer de improviso sobre nosotros y degollarnos con su colmillos antes de que tuviéramos tiempo siquiera de empuñar las armas. Le sugiero que vigile atentamente las alturas a lo largo de todo el trayecto. Dicen que «Krau» posee una agilidad inaudita, que es capaz de volar

materialmente de una rama a otra. Conque...

No necesitó repetírmelo. A partir de ese momento, tomé el «Mauser» en mi regazo —tras comprobar que estaba cargado— y escruté con expresión desconfiada las copas de los altísimos árboles bajo los cuales rodaba el «jeep».

Media hora más tarde, Kondo detuvo el «jeep» en un claro suficientemente extenso como para que nadie pudiera sorprendernos de improvisto.

—Tomemos un bocado —propuso. Y añadió con una leve sonrisa —: Los viajes siempre despiertan mi apetito, profesor.

El comió con excelente disposición, pero yo apenas probé un bocado y bebí una cerveza. El calor y la tensión habían espesado mi saliva y sentía la garganta seca y rasposa como la lija.

Le pregunté a Kondo a qué distancia estábamos de Taihoua y respondió:

—Apenas a unos cuarenta kilómetros. Como habrá podido comprobar, estas estrechas y oscuras sendas apenas permiten rodar a treinta por hora.

—¿Cuándo llegaremos a D'garang?

—Dentro de una hora, si no nos demoramos mucho tiempo aquí.

De todas formas, aún permanecemos algo más de un cuarto de hora en el improvisado vivac, pues mi ayudante y conductor demostraba un apetito envidiable. Al fin, recogimos nuestros enseres y volvimos al «jeep».

Me causaba admiración el sentido de orientación de Kondo, pues la senda se dividía constantemente en dos o más bifurcaciones que se perdían rápidamente en la jungla. Debía conocer los vericuetos de la selva como la palma de su mano, pues jamás dudaba al elegir la dirección correcta.

El calor me impulsaba a dejarme adormecer, por lo que (para evitarlo) inicié una conversación con Kondo.

—¿Le han dicho que «Krau» mató a una mujer anoche? —dije, observando su reacción.

Sin girar la cabeza, respondió:

—¡Pobre muchacha! Kailori recorría de noche las calles a la busca de unos residuos de comida. Quizá el «Krau» acechaba en la oscuridad y... Bueno, Kailori era ciega y la infeliz ni siquiera tuvo tiempo de defenderse o huir. Fue algo...

Vi que sus músculos faciales se tensaban y sus ojos relucían con odio.

Luego le hablé de Sturgis:

—Estoy seguro de que Frank nos hubiera acompañado de buena gana en esta expedición. Y confieso que me hubiera sentido más seguro en su compañía: parece un hombre sereno y muy decidido.

Por desgracia, aún no ha debido volver de Waimipuru. Se disponía a filmar unas secuencias sobre...

Kondo movió la cabeza de un extremo a otro.

—Yo no me fiaría de ese tipo, profesor —dijo.

Su observación me pilló desprevenido.

—¿Por qué?

—Mire, yo no sé si ahora se dedica a filmar documentales para la televisión, como ha ido diciendo por ahí...

—No tiene derecho a decir eso, Kondo. ¿Por qué habría yo de dudar de su palabra? —me indigné.

Sonrió con astucia, típicamente isleña.

—Haga lo que le plazca, pero escuche esto. Hasta hace poco que volví a Tojoyo, yo he llevado una vida nómada e itinerante. ¿Le hablé de que estuve unos meses en Australia? Estuve algún tiempo trabajando en la fundición de la «Steele Company» de Sidney. Y allí conocí a Sturgis. Sólo que entonces se hacía llamar Campbell. Un apellido que, por cierto, me recuerda una historia anterior. Pero siguiendo con lo que le decía, profesor: Sturgis (de alguna forma tenemos que llamarle) era todo un personaje en la empresa «Steele».

—¿Qué era?

—Ingeniero de minas. La «Steele» le enviaba de un lugar a otro, con la misión de llevar a cabo determinadas prospecciones mineralógicas.

Parpadeé, desconcertado.

—¿Está seguro de eso, Kondo? —opuse—. El me aseguró que su trabajo actual...

—Es un tipo muy extraño e inteligente. Siempre está haciendo preguntas aquí y allá. El y los suyos se pasearon algunos días por Taihoua con unos tomavistas en la mano, pero que yo sepa no filmaron nada. Parecían tener mucho interés por el volcán Tal-Akhai, a cuyos alrededores han hecho numerosos viajes. Por lo demás, puedo decirle con conocimiento de causa que alrededor de Waimipuru no suelen acudir los tiburones grises. Ese tipo de tiburones abunda mucho más al Sur, a unas ochenta millas, junto al litoral de los atolones de Konolai —afirmó mi ayudante.

Aquellas declaraciones tuyas me dieron que pensar. ¿Era Sturgis un simulador o, sencillamente, había cambiado de profesión desde que Kondo le conociese como ingeniero prospector de minas en Sidney?

Me propuse sondear habilidosamente a Sturgis en cuanto nos entrevistásemos la próxima vez... en el caso de que se diese tal ocasión.

De repente, me volví hacia mi conductor y pronuncié:

—Usted dijo que el apellido Campbell le recordaba otra historia

anterior. ¿Puedo saber a qué se refería?

—Por supuesto — respondió de buen grado—. Es una vieja historia, de allá cuando yo tenía ocho o diez años. Durante algún tiempo vivió aquí un individuo que se llamaba Fred Campbell. Tenía todo el aspecto de un fugitivo de la justicia. Miraba a su alrededor, constantemente receloso, y se le veía siempre ostentosamente armado con una gran pistola «Magnum». Eso sí, debía poseer una fortuna porque enseguida fletó un barco que trajo toneladas de materiales de construcción y se hizo erigir una fastuosa mansión que más parecía un palacio.

—¿En Taihoua?

—En la colina situada a unos cuatrocientos metros del poblado, próxima al pequeño cementerio —declaró Kondo. Y siguió—. Poco a poco, Fred Campbell fue tomando confianza. De hecho se convirtió en el reyezuelo de Taihoua, gracias a la enorme cantidad de dinero que derrochaba. Por lo demás, su mansión era una especie de búnker. Se rodeaba, además, de media docena de guardaespaldas, verdaderos indeseables que había hecho venir de Australia. Todas las jovencitas de Taihoua fueron desfilando por el palacio. El cacique era un sátiro infatigable...

—¿Nunca supieron de dónde sacó el dinero?

—Bueno, se suponía su procedencia. Las noticias no corrían entonces a la velocidad de hoy, pero se sospechó que el dinero de Campbell provenía del atraco a un banco europeo. Ya sabe que aquí nadie hace preguntas, de modo que Campbell vivía a sus anchas, disfrutando constantemente de sus orgías con las doncellas que compraba por un puñado de dinero.

Kondo aflojó la marcha al llegar a la próxima bifurcación.

—No he visto esa gran mansión de Campbell en las colinas próximas al litoral —observé luego—. ¿Qué ocurrió?

—Surgieron algunos graves incidentes con las familias de las jóvenes que acudían a la mansión Campbell. Una o dos muchachas desaparecieron sin dejar rastro. Se rumoreó que aquel canalla se divertía sádicamente con las chicas, se contaron episodios terribles. Supongo que Campbell temió por su suerte y decidió esfumarse. Eso fue lo que hizo. En cuanto a su pregunta anterior, relacionada con el palacio que Campbell erigió, verdaderamente no se podía esperar otra cosa de él.

—¿A qué se refiere?

—Si no ha visto la mansión se debe, simplemente, a que Campbell la voló con media tonelada de dinamita, minutos antes de partir en el yate que le aguardaba cerca de la costa —afirmó Kondo.

No volvió a hablar. Yo permanecí ensimismado varios minutos, nadando materialmente en un charco de sudor.

Kondo frenó en medio de la senda.

—Ya estamos, profesor. Esto es D'garang —dijo.

Miré a mí alrededor. La muralla verde nos rodeaba por doquier. Estábamos en medio de un silencio total, angustioso. La luz del sol se filtraba, muy cernida y remota, cuarenta metros por encima de nuestras cabezas.

—Siga adelante —dije—. En realidad, D'garang no me interesa, por el momento. Lo que pretendía en verdad es acercarme a las estribaciones de Tal-Akhai y comprobar por mis propios ojos que el profesor Kaufmann está muerto.

Kondo suspiró. Pero se apresuró a obedecer.

Capítulo 8

E

L fenómeno era curioso. E inquietante.

Se diría que yo *conocía* ya aquellos estrechos caminos que atravesábamos ahora. El mismo trazado de la senda, idénticas sinuosidades, similares zonas boscosas impenetrables, iguales y pequeños claros esparcidos de cuando en cuando a través de la jungla.

Pero yo nunca había estado en D'garang.

O mejor, sí. ¡En sueños!

El itinerario que seguíamos era prodigiosamente igual a aquél por el que —en mi pesadilla de la noche anterior—. Gertie Kaufmann corría desalada en busca del enigmático y terrible «Krau».

Me sentía perplejo, absolutamente desconcertado. No se trataba de un paraje en particular, sino que todos los accidentes del camino que seguíamos eran idénticos o semejantes al trayecto que yo había seguido en mi delirio.

Nunca podré comprender cómo pudo suceder tal cosa. ¿Un caso de telepatía, de premonición, un fenómeno paranormal quizá?

Hacia las cinco de la tarde, observé cómo la selva se iba tornando menos espesa hasta que la jungla se fue convirtiendo en monte y los altos árboles en matorrales.

Luego, bruscamente, apareció ante nosotros la mole majestuosa del monte Tal-Akhai, en cuya cúspide se encontraba el cráter del antiguo volcán, extinguido ya.

Kondo conducía con mano diestra a través de una trocha pedregosa. La vegetación fue quedando atrás hasta que no quedó el menor vestigio vegetal delante de nosotros.

Escalamos un repecho, descendimos y luego... ¡Súbitamente apareció la cascada de lava que yo había visto en mi delirio!

Era idéntica, no puedo expresar mi impresión con otras palabras. La corriente pétrea parecía ir a precipitarse al vacío, pero quedaba colgada en lo alto milagrosamente, formando gruesas columnas de toba y piedra pómez de casi sesenta metros de altura.

El «jeep» se había detenido. Yo contemplaba, entre medroso y extasiado, aquella terrorífica maravilla de la naturaleza.

—Bajemos. A partir de aquí, el «jeep» no nos sirve de nada — propuso Kondo—. Por otra parte, la cueva en la que encontré el cadáver del profesor se encuentra apenas a cincuenta metros de aquí.

Cogió el rifle y puso en mi mano un revólver 38 cargado. El se metió el otro revólver bajo el cinturón de piel de serpiente marina e iniciamos la corta pero pronunciada escalada.

Estaba seguro de lo que iba a contemplar en cuanto nos aproximáramos a la fachada de la catarata, pero quedé sin habla al divisar los negros agujeros de las bocas de las cavernas.

El paisaje, como he dicho, era inquietante. Las tres cavernas de mayores dimensiones simulaban los ojos y la boca de un imponente y sobrecogedor monstruo prehistórico, agazapado bajo la cascada rocosa al acecho de los incautos que se atreviesen a cruzar por aquellos vericuetos.

Instintivamente, ventee el aire cuando nos aproximábamos a aquellas grutas que no eran otra cosa que enormes burbujas de gases atrapadas en la masa de magma antes de que éste se enfriase.

De alguna forma, yo trataba de guiarme por el olfato. Porque lo que estaba tratando de comprobar era si el aire olía a muerte...

El ambiente, ya lejos de la húmeda jungla, era aquí tórrido y seco. Mis fosas nasales comenzaron a researse rápidamente, así como mi boca y mi garganta. El sudor, copioso, que mojaba mis ropas, se había secado en pocos minutos.

—Sígame. Es aquí —dijo Kondo, que me precedía unos metros, señalando con su mano extendida la boca de la mayor de las cuevas.

Ascendí paso a paso, conteniendo el aliento.

Ya muy cerca de la caverna, torné a olfatear el ambiente. A mi nariz no llegó el clásico hedor de los miasmas. Fervorosamente, pedí que Kondo y todos los demás se hubieran equivocado y el entrañable profesor Kaufmann estuviese aún con vida, fuera donde fuera.

Por desgracia, no era así.

—Está aquí —dijo Kondo.

Me tendió la mano y ascendí de un salto.

Confieso que al echar el primer y rápido vistazo a aquel cuerpo, creí que el viejo profesor estaba vivo.

Estaba muerto, sin embargo.

Muerto y bien muerto, acartonado, seco como el cuero.

Lo que Kondo y yo contemplábamos absortos era una momia. Las grises barbas velaban las facciones momificadas y el cuello de la camisa caqui tapaba parcialmente la horrenda dentellada que había segado la garganta de mi pobre amigo.

A un lado, estaba su macuto. Apretamos su cadáver con delicadeza y registramos el macuto.

No encontramos muchas cosas en su interior: unos prismáticos, un pequeño magnetófono, una cámara fotográfica, un tomavistas para filmar, algunos rollos de celuloide, un cuaderno, bolígrafos y un tarro de víveres con comida seca.

Lo husmeé todo detenidamente. Abrí el magnetófono, pero en el alojamiento de la *cassette* no había nada. ¿Para qué quería Kaufmann el grabador, si no disponía de una cinta en la que grabar?

—Miremos escrupulosamente todos los rincones —indiqué a Kondo. Pues, después de inspeccionar la cueva con mi linterna, acababa de comprobar que las paredes de la gruta ofrecían un relieve lleno de agujeros y fisuras por doquier.

Mientras él se deslizaba hacia el fondo con dicho fin, yo miré y remiré los objetos que contenía el macuto del profesor.

Arrugué el ceño. Estaba pensando por qué razón el macuto del profesor no estaba ajustado a su espalda, como sería de esperar si se imaginaba que Kaufmann había sido atacado de improviso por el «Krau». Pero lo cierto era que el macuto estaba en el suelo a medio metro de distancia, cuando echamos la primera ojeada.

Consulté con Kondo.

—No toqué nada, se lo aseguro. Me sentía demasiado asustado para detenerme. Me marché de aquí en cuanto vi el cadáver. Entonces el cuerpo no se había momificado aún. Hace de ello poco más de un mes —dijo.

—Debió llevarse el cadáver e informar a monsieur Mardeau. El profesor debió ser enterrado con todo respeto —le reproché.

—¡Usted no conoce a la gente de Taihoua! Para ellos, las víctimas del «Krau» se convierten en diablos. Me hubieran linchado, si llego a aparecer con el cadáver del pobre profesor. ¿Sabe qué harán con el cuerpo de Kailori? Lo arrastrarán lejos de la aldea, lo rociarán de petróleo y lo convertirán en pavesas que después

arrojarán al mar. Ese es uno de nuestros ritos, aunque a mí no me gusta participar en eso actos —respondió.

Me estremecí, a mi pesar.

De pronto, algo —alguien— se interpuso en la boca de la caverna, porque la luminosidad que brotaba del exterior quedó velada súbitamente.

En el momento en que me volvía, desconcertado, hacia la entrada de la cueva, una masa pesada y peluda cayó sobre mí salvajemente.

No pude evitar un alarido de dolor cuando algo que parecía una zarpa hirió mi espalda y desgarró mi camisa.

Esto debió prevenir a Kondo, que se encontraba aún en el fondo del cono de la caverna.

Brilló un fogonazo ante mis ojos. Tan próximo y deslumbrante que imaginé que la bala perforaría mi cráneo.

Me dejé caer de bruces y aplasté mi rostro contra el suelo.

Detrás de mí se dejó oír un jadeo profundo, contenido. E inmediatamente el rumor de una carrera desordenada. Pude escuchar perfectamente el inquietante sonido de unas garras que arañaban la roca cuando mi agresor emprendió una precipitada huida.

Kondo, muy agitado, me levantó del suelo.

Al ver que no había sufrido otro daño que el arañazo de la espalda, gritó:

—¡Aprisa, aprisa! ¡No podemos dejar escapar al «Krau»!

El «Krau».

Esta simple palabra llevaba el pánico a mi cerebro y el odio más profundo a mi corazón.

Busqué mi revólver apresuradamente, cuando ya Kondo buscaba la salida de la caverna con su «Mauser» dispuesto para disparar nuevamente.

Al borde del escalón de poco más de un metro de altura, ambos quedamos perplejos. No había nadie en todo lo que abarcaba nuestra vista. Y se trataba de un paraje extenso, de algo más de kilómetro y medio de fondo, donde empezaba al monte poblado de matorrales que precedía a la selva espesa.

—¡No es posible...! —rugió Kondo.

Dirigí una mirada a las alturas. Sobre la pared de toba volcánica se veían gruesos goterones de sangre fresca.

—¡Arriba! —grité.

Kondo comprendió al punto: «Krau», taimado, había preferido escalar el talud de unos tres metros y ocultarse en una de las cuevas que simulaban los ojos del monstruo prehistórico.

—Súbase sobre mis hombros, profesor —me propuso Kondo—.

Yo le izaré hasta la cueva. ¡Pero sea precavido! Sujete el revólver entre los dientes. ¡Suba!

Un momento después, mis manos se afianzaban arriba. Mis dedos se mancharon con la sangre roja y espesa que el «Krau» había derramado en la boca de la cueva.

Empuñé el revólver, disparé una vez como prevención. Pero no pude ver nada en la oscuridad.

Kondo me tendió la culata de su fusil, la sostuve con fuerza y el nativo ascendió ágilmente y se reunió conmigo.

No pronunciamos una sola palabra. Ambos sabíamos de sobra lo que teníamos que hacer.

Encendimos las linternas y penetramos en la caverna, tensos y envarados, esperando escuchar de un momento a otro el gruñido animalesco que anunciaría el ataque del «Krau».

Sin embargo, todo estaba en silencio. Por lo demás, la gruta en que nos encontrábamos era mucho más profunda de lo que podíamos imaginar. La angosta galería, de un metro y medio de diámetro, describía curvas a un lado y otro, profundizando cada vez más en el seno de la roca volcánica.

Pero el reguero de las manchas de sangre no se interrumpía.

Caminábamos encorvados, cuidando de no herirnos con los erizados salientes de la rugosa superficie pétreo. Yo comenzaba a fatigarme de tanto avanzar en tan incómoda postura, cuando Kondo me detuvo por un brazo.

—¡Mire!

Vi un rayo de luz al fondo de la galería y comprendí: el estrecho conducto tenía dos entradas. O dos salidas, si se quiere.

En un momento estuvimos en la segunda boca y nos encontramos al borde de un barranco árido y ardiente.

Fue inútil seguir el reguero de manchas de sangre: lo habíamos perdido. Volvimos sobre nuestros pasos, tratamos de reencontrar el rastro, pero no lo conseguimos.

—Escapó, por esta vez —murmuré desalentado y furioso.

Volvimos a través de la misma galería que había servido de oportuna vía de escape al «Krau» y descendimos a la cueva donde se encontraba el cadáver del profesor Kaufmann.

Tras reflexionar brevemente, resolví que trasladásemos el cadáver a Taihoua. Pero antes decidí echar un nuevo vistazo a las oquedades y grietas que cubrían las paredes de la cueva.

Mi linterna descubrió poco después algo blanquecino en el fondo de una hendidura. Introduje el brazo y palpé las hojas del grueso legajo.

Asombrado, leí el título de la primera página, estampado por la mano de Karl Kaufmann.

«HISTORIA DE “KRAU”.

(Estudio sobre la conducta de un hombre salvaje hallado en las selvas de

D’garang, isla Tojoyo.

Por el Prof. Karl G. Kaufmann).»

Capítulo 9

A

QUELLA misma noche, Kondo y yo enterramos el cadáver momificado del profesor Kaufmann.

Realizamos sin prisas el viaje de regreso, pues no nos convenía llegar de día a Taihoua. Conociendo las aberrantes supersticiones de los nativos, decidí que diésemos sepultura en secreto al cadáver de Kaufmann.

Para ello, elegí el pequeño cementerio situado sobre una de las colinas que rodeaban la parte oriental del poblado, a unos cuatrocientos metros de distancia del barrio indígena.

Eran más de las doce de la medianoche, cuando Kondo detuvo el «jeep» en la ladera de la colina.

—Espere aquí. Traeré las herramientas necesarias para cavar la fosa —me advirtió Kondo. Y desapareció en la oscuridad, pues no había aparecido la luna por encima de las frondas de la selva.

Es fácil imaginar que no me sentí muy seguro al quedarme solo en medio de las tinieblas, con el cadáver de Kaufmann a mi espalda y otros centenares de muertos yaciendo a mí alrededor.

Además, a los pocos minutos comprendí que Kondo y yo nos estábamos exponiendo temerariamente. Por supuesto

que el centenar de europeos que vivía en Taihoua poseían armas por lo regular. La vida era plácida y serena en Tojoyo, pero los europeos gustaban de organizar partidas de caza para cobrar algunas piezas de pécaris o gamos en la selva.

Estaba seguro de que a ninguno de los nativos se le ocurriría

rondar las proximidades del cementerio de noche, pero en Taihoua vivían los decididos hijos de Teng Yi, que poseían suficiente coraje y... preciosos rifles de precisión. Si a los retoños de Teng Yi les daba por hacer una ronda de vigilancia, era fácil que a Kondo o a mí nos tomasen por el maligno «Krau» y nos disparasen a bocajarro antes de hacer una sola pregunta.

Por eso estaba ansioso, impaciente, deseando que Kondo llegase cuanto antes y diéramos fin a nuestra fúnebre tarea.

Pasaron quince largos minutos. Al fin, oí rodar una piedrecilla ladera abajo. Me puse tenso y empuñé el «Mauser».

Por fortuna, oí un débil silbido repetido tres veces y me tranquilicé: ¡era la señal convenida con mi ayudante!

Tardamos casi una hora en sepultar el cadáver momificado, pues la costra de la colina era muy árida y dura. Finalmente, cubrimos el cuerpo del pobre Kaufmann y apisonamos la tierra con los pies. No pusimos ninguna señal por el momento: nos bastaba con saber que nuestro amigo reposaba allí.

Poco después descendíamos hacia Taihoua con los faros apagados, que Kondo encendió cuando penetramos en el poblado.

Taihoua estaba en tinieblas, pero el motel de Teng Yi brillaba como un ascua de oro. Kondo detuvo el vehículo a la entrada de la residencia, bajé y él se marchó a su casa conduciendo el «jeep».

Como siempre, el dueño del negocio se encontraba apostado detrás de su mesa de recepción. Teng Yi no me hizo preguntas: se limitó a tenderme la llave de mi habitación cuando se la pedí.

Ya me dirigía a la escalera, cuando apareció Milly O'Higgins. Se me quedó mirando fijamente y aprecié un cambio determinante en su apariencia: se había despojado de sus horrendas gafas de gruesa montura de carey, había cambiado su anchísimo vestido por otro dé seda estampada que ceñía atractivamente su cuerpo felino y se había hecho cortar en una graciosa melenita sus largos y descoloridos cabellos.

—¡Qué coincidencia! —exclamó. (Y no sé por qué, pero me di cuenta de que fingía)—. ¡Nada menos que el famoso profesor Carioli en el último rincón del mundo!

Le tendí la mano cortésmente y le pregunté si pensaba quedarse mucho tiempo de Tojoyo.

—Nueva coincidencia —bromeó—. ¿Por qué todo el mundo me pregunta lo mismo?

—Quizá porque no soplan buenos aires en esta isla

— respondí, serio—. Lo mejor para usted, sería enviar un mensaje a McNee y marcharse de aquí cuanto antes. Es un buen consejo, señorita O'Higgins.

Me observó con curiosidad. Y me di cuenta de que sus ojos, sin

las horribles gafas, resultaban muy expresivos, inteligentes y hermosos.

—Así que estaba en Taihoua cuando McNee me trajo...

— exclamó, irónica—. ¿Dónde ha estado durante todo el día?

—Ya hablaremos de ello mañana —me disculpé—. Perdóneme, pero le aseguro que estoy muy fatigado. Buenas noches, señorita O'Higgins.

Subí lentamente los peldaños, no por pavonearme ante aquella muchacha, sino porque verdaderamente me sentía al borde de mis fuerzas. Y sentí como algo sólido que su mirada se posaba en mi espalda lastimada, en la camisa desgarrada y ensangrentada.

Confieso que me hubiera gustado pasar un buen rato en compañía de Milly O'Higgins. Pero, además de mi cansancio, yo ardía en deseos de leer cuanto antes aquella «Historia de "Krau"» escrita por el profesor Kaufmann que llevaba oculta en la bolsa-macuto que Kondo me había prestado.

En cuanto llegué a mi habitación, tomé una ducha, me dejé caer sobre el lecho, y me sumergí en la apasionante lectura.

* * *

Cuando pregunté a la mañana siguiente por la señorita O'Higgins, el eterno buda llamado Teng Yi me informó con una leve sonrisa que la joven norteamericana había abandonado su residencia a las ocho de la mañana.

Tuve que derrochar sonrisas y súplicas para conseguir que el viejo y sabio oriental confesase al fin que Milly O'Higgins había partido muy temprano hacia la selva, después de conseguir que Julien Mardeau le alquilase su «Land Rover».

Como apenas eran las ocho y media, calculé que Milly no iba a llevarme mucha ventaja. Pasé al bar y encontré a Kondo, que se desayunaba con su acostumbrada voracidad. Pero en cuanto le dije que deseaba partir cuanto antes hacia D'garang, el fiel Kondo dio por terminado su pantagruélico desayuno y vino en pos de mí a la calle.

Fuimos a su casa, subimos al «jeep» e hicimos unas cuantas compras en la tiendecita de Kandapori, que nos estuvo mirando largamente mientras recogíamos nuestras provisiones.

Cuando nos marchábamos después de pagar, Kandapori salió de detrás de su mostrador y tocó levemente mi brazo.

—Me gustaría hacer algo por usted, profesor Carioli... Como muestra, quiero advertirle de un descubrimiento que hice ayer. Tome este catalejo —me ofreció un largo tubo metálico—. Hay un barco a unas diez millas de la costa. Lo he estado contemplando

durante las últimas cuarenta y ocho horas. Se trata de una pequeña motonave de unas mil toneladas de desplazamiento. Debe estar anclada desde poco después que usted llegara a Taihoua. Pero será mejor que salga a la puerta y observe.

Hice lo que me pedía. Y en efecto: por encima de la neblina que la alta temperatura reinante formaba sobre la lámina del mar, vi a través de las lentes del catalejo un barco cuyo casco estaba pintado de un azul grisáceo, un color muy a propósito para confundirse con el fondo remoto de alta mar.

La motonave estaba anclada, era evidente, pues no se movía apenas de su emplazamiento, balanceándose levemente a impulsos del calmoso oleaje. Permanecí un par de minutos observando el barco. El catalejo de Kandapori era un instrumento óptico de alta precisión, a pesar de lo cual no logré distinguir a ninguna persona en cubierta.

Finalmente, devolví el catalejo al anciano y le di las gracias. Kondo y yo cargamos con nuestras provisiones y salimos de la tiendecita.

—¿Qué es ese misterio del barco? —me preguntó Kondo cuando depositábamos nuestros víveres en el «jeep». (Parecía sumamente intrigado).

—No lo sé... todavía —respondí.

Y abandonamos Taihoua. En esta ocasión conducía yo. Era como una prueba de mi sentido de la orientación que me había impuesto a mí mismo. Como poseo eso que se llama «memoria fotográfica», estaba seguro de seguir el buen camino sin extraviarme. Pero ¡ca! A unos veinte kilómetros de Taihoua, Kondo me obligó a volver marcha atrás por una senda errónea, hasta alcanzar la bifurcación y encontrar el camino adecuado.

—Será mejor que me guíe —pedí a Kondo, sin pizca de soberbia. Y él sonrió comprensivo.

Kondo se había empeñado en viajar detrás. Al principio no lo comprendí, pero más tarde hube de darle la razón.

Como él dijo:

—Si «Krau» nos ataca desde las alturas, no podrá abatirnos a los dos de una sola pasada. Es una fiera ágil, capaz de subir fácilmente a los más altos árboles. Normalmente, utiliza las lianas y bejucos, como ese Tarzán que tanto explotan los productores de cine americano. Yo le vi una vez, hace tan sólo unos meses, en una partida de caza. Tass Goldpiece y los hijos de Teng Yi vieron una sombra y dispararon docenas de tiros, pero imagino que no lograron alcanzarle, porque al atardecer apareció el «Krau» de improviso como llovido del cielo. Arrebató las armas de sus manos a los chinos y arrancó el salakoff de la cabeza de Goldpiece. De paso, le

dejó dos profundas heridas en el pericráneo al clavarle las zarpas de sus patas. Como me encontraba preparando una merienda junto al «Land Rover», pude observarlo todo sin riesgo. Fue algo visto y no visto. La masa peluda del «Krau» se abatió de improviso sobre ellos. Y tras el ataque, desapareció como por arte de brujería. Los chinos recuperaron sus rifles y se pusieron a disparar a diestro y siniestro, sin ningún éxito, por supuesto, pues el «Krau» debía estar lejos ya. Yo diría que los hijos de Teng Yi se volvieron locos de puro miedo. No pararon hasta agotar su reserva de municiones. Entonces sentí auténtico miedo, profesor, pues en aquel momento estábamos inermes, sin posibilidad alguna de defensa...

Cruzamos el arroyo de aguas cristalinas y Kondo siguió hablando:

—A Tass Goldpiece, el «Krau» le arrancó prácticamente todo el cuero cabelludo. ¿No lo ha visto? Estaba esta mañana en el bar del motel. Emborrachándose como siempre. Perdió todo su coraje a partir de aquel día. Si recuerda al hombre que le indico, habrá visto que jamás se despoja de su sombrero. El «Krau» le dejó prácticamente calvo. En su cráneo apenas quedan dos finos mechones de cabellos. Goldpiece se salvó porque esa noche el barco del capitán Lejendre estaba amarrado al muelle de Taihoua. A bordo iba un médico australiano, que se esforzó durante toda la noche en salvarle la vida. Además...

Hacía mucho calor. Kondo no tenía ganas de hablar más.

Por mi parte, le había escuchado con interés, pero al mismo tiempo mi cerebro, en una curiosa disfunción —¿o superfunción? —, trabajaba de firme tratando de ordenar el cúmulo de datos que en poco más de cuarenta y ocho horas había ido recibiendo mi mente.

Ahora pensaba en la sorprendente Milly O'Higgins. Una mujer muy joven, licenciada en Geología y Mineralogía, que emprendía una especie de viaje de placer-estudios por cuenta de la empresa de su padre, la poderosa «O'Higgins Mines Research Corporation».

¿Qué hacía Milly en Tojoyo?

Por asociación de ideas, pensé en Frank Sturgis. Kondo aseguraba firmemente que aquel individuo se llamaba en realidad Campbell, como el fugitivo que durante unos años viviera como un reyezuelo en Taihoua.

—Quizá Sturgis ¿o Campbell? no sea otro que el hijo de aquel huido de la justicia —cavilé.

Súbitamente, Kondo puso su pesada mano sobre mi hombro derecho. Instintivamente, reduje la marcha y pisé el freno.

—¿No ha oído?

Debía tener un oído finísimo. O yo estaba muy distraído,

porque... Pero precisamente en aquel instante, con el vehículo inmóvil y el motor calado, pude escuchar claramente un sonido ululante y tétrico, semejante al aullido sonoro de un lobo. Sólo que... el siniestro aullido parecía brotar de todas partes y de ninguna. Giré la cabeza, agucé el oído y el gemido animalesco llegó claramente a mis oídos.

Kondo movió el cerrojo de su «Mauser» hacia atrás y comprobó que tenía un cartucho en la recámara del arma. Fue el suyo un movimiento muy nervioso, pero eficaz, desprovisto de atolondramientos y errores.

Permanecimos atentos durante un largo minuto. Tensos, expectantes, influenciados por el amenazador ambiente que nos rodeaba.

—Es extraño... —murmuró. Y yo pensé otro tanto.

—Es muy raro. He oído aullar a los lobos en Canadá, pero era distinto... No sé explicarme. En los bosques del Canadá, siempre sabía uno de dónde provenían los aullidos. Pero aquí... —dije. Y me callé.

Presté atención. Tras uno o dos minutos de absoluto silencio, la voz del animal surgió *in crescendo* a través de las frondas hasta dominar la jungla con un trémolo poderoso y siniestro.

Kondo se movió nerviosamente en derredor, afianzadas sus morenas y nervudas manos sobre el fusil. Pero —caso curioso—, yo no sentía ahora el menor temor. Por el contrario, incluso llegué a sonreír levemente.

—Kondo, es un truco —dije. Y al ver que él me miraba fugazmente sin abandonar su guardia, añadí—: ¿No lo comprende? El sonido parte de altavoces situados en lugares estratégicos. El aullido de un lobo jamás tendría la amplitud y resonancia del sonido que ahora mismo estamos oyendo... Tienen un magnetófono, Kondo. Lo han situado en algún lugar oculto y lo ponen en marcha de cuando en cuando. Los altavoces, camuflados en las frondas, expanden el sonido y lo multiplican por doquier.

Mi acompañante asintió con el gesto.

—Tiene razón... ¡nos están engañando! Pero ¿por qué toda esta tramoya? —dijo.

—No lo sé aún, aunque tengo una idea —respondí.

Puse el motor en marcha y arranqué. Rodamos a pequeña velocidad sobre el blando camino herboso. Kondo vigilaba atento.

Y dijo:

—Anoche, poco después de que nos despidiéramos ante el «Taihoua Motel», el viejo Kandapori y yo tuvimos una interesante conversación.

—¿Kandapori? ¡Creí que sólo hablaba cuando se despertaba! —

dije con ironía.

Pero Kondo estaba serio.

—Le hablé de nuestro viaje a Tal-Akhai, del hallazgo del cadáver del profesor... Bueno, se lo conté todo, pues nunca he tenido secretos para él. Se apenó mucho al saber que su amigo Kaufmann había muerto, pero dijo: «Lo sabía». Me invitó a tomar un té con aguardiente de caña en la trastienda de su negocio y hablamos largamente. Habló él, mejor dicho. Y me contó una historia que yo desconocía...

—¿Qué historia?

—Kandapori es una enciclopedia viviente. Le cuesta trabajo recordar, pero cuando llega el momento justo, comienza a hablar y hablar, a recordar con extraña minuciosidad... Me dijo que Fred Campbell había dejado embarazada a una joven nativa, poco antes de que dinamitase su mansión y se alejara con rumbo desconocido. Los padres de la joven, llamada Lataouri, la rechazaron violentamente cuando ella vino a su casa a cobijarse junto a los suyos. Y Lataouri marchó a la selva y parió en medio de la soledad y el desamparo. Bien, Kandapori es mejor narrador que yo. Vino a darme a entender que el «Krau» no es sino *el hijo* de Campbell y Lataouri. La joven volvió a la aldea, al cabo de largos meses. Las privaciones, el hambre y el miedo habían acabado con ella. Murió pocas semanas después y sus padres arrojaron su cadáver al mar...

Instintivamente, aflojé la marcha del «jeep».

—Kondo, ¿está seguro de eso?

—Kandapori jamás ha mentido. El piensa que el «Krau» es el hijo de Campbell y la infeliz Lataouri. Según él, la joven abandonó al niño en medio de la selva cuando se sintió morir. Ingenuamente, Lataouri imaginaba que podría agonizar en paz, rodeada del cariño y las atenciones de los suyos. Pero no fue así. Sus padres la habían repudiado y extrañado y Lataouri murió en un muladar. Ni siquiera gozó su cuerpo del descanso de una tumba. Los tiburones y los marrajos debieron dar cuenta de su pobre cuerpo.

Gruesos goterones de sudor resbalaron de mi frente y mis sienes y humedecieron mi cuello.

—¿Y el niño? ¿«Krau», el hombre-lobo de D'garang? —protesté—. Según mis noticias, en Tojoyo no existen lobos...

—Es cierto —asintió—. Pero existe una fauna abundante y diversa, entre la que pueden contarse pécaris, gamos, zorros dorados, monos, leopardos y asnos salvajes. Pero todo eso no hace al caso —protestó Kondo, impaciente—, Kandapori asegura que el hijo de Lataouri creció y se hizo adulto. Quién lo crió, no importa. Kandapori es sabio y él asegura que el «Krau» no es otro que el hijo de Campbell y la infortunada Lataouri.

Las palabras de Kondo habían logrado perturbarme.

—En ese caso, y si es cierto que Frank Sturgis es hijo de Fred Campbell..., ¡resultaría que Frank y el monstruo son hermanos!

Kondo se mostró prudente.

—He pensado en ello, durante la mayor parte de la noche. Y creo que es cierto. Más aún, hablé con Mahura...

—¿Mahura? ¿El hombre que posee una emisora de radio de largo alcance?

—Sí. Mahura es mi primo. Esta mañana le pedí que se comunicase con el departamento de policía de Sidney y pidiera determinados informes sobre Frank Sturgis y Frank Campbell, que para mí son la misma persona. Cuando regresemos a Taihoua, Mahura tendrá la respuesta. Entonces podré contestar a su pregunta con conocimiento de causa.

Callamos durante unos minutos.

Yo conducía tan atento a la senda que de pronto advertí unas huellas profundas de neumáticos. Le hablé a Kondo de ello y las observó con interés.

—En efecto —declaró—. Parecen las rodadas de un «Land Rover». Debe ser esa americana que vino a Taihoua con el capitán McNee. La vi esta mañana. Y creo que era precisamente uno de los hombres del equipo de Sturgis quien conducía el «Land Rover» cuando abandonaron el poblado, pocos minutos después de las ocho de la mañana.

—Pero... ¿por qué no me lo dijiste antes? —barboté, indignado, tuteándole sin darme cuenta.

—Usted no parecía muy interesado por esa mujer —respondió. Y apuntó—: ¿Se acuerda de ayer mañana? Antes de que esa joven llegase al muelle con McNee, usted me ordenó que fuéramos a mi casa a recoger el equipo. Pensé por tanto que...

Tenía razón, por supuesto. Pero yo tenía ahora en cuenta que una joven tan atolondrada como Milly O'Higgins se hacía acompañar por un hombre de Sturgis. Y mi desconfianza y la preocupación me obligaron a apretar el acelerador del «jeep» más de la cuenta, de modo que tuve que frenar a fondo cuando la selva quedó atrás y el vehículo comenzó a rebotar contra los guijarros del monte.

—¿Cómo se llama el hombre que acompañaba a Milly O'Hara? —pregunté a Kondo.

—McKenzie —respondió—. Australiano. Un verdadero matón.

Capítulo 10

L

LEVÁBAMOS espiándoles más de dos horas. Apostados tras un espeso matorral, Kondo y yo nos turnábamos en la labor de vigilancia, sirviéndonos de los potentes prismáticos aportados por mi fiel ayudante.

Al parecer, estaban sesteando. Bueno, no, según pudimos comprobar después. El hombre yacía bajo la tienda de campaña montada al pie de Tal-Akhai, pero Milly O'Higgins iba de acá a allá, recogiendo pedruscos de la falda del volcán.

Su conducta me llamó poderosamente la atención. Milly se detenía de cuando en cuando, se sentaba en alguna de las prominencias del terreno abrupto y examinaba aquellos fragmentos a través de una lente. También vi que sacaba un frasquito de un pequeño maletín y dejaba caer unas gotas sobre la muestra que estudiaba en aquel momento.

Entre tanto, McKenzie —el hombre de Sturgis que Milly había contratado esa mañana— seguía durmiendo plácidamente bajo la tienda: sus largas piernas aparecían hasta la cintura bajo la sombra del vivac.

Empezaba a oscurecer. Kondo y yo estábamos a unos seiscientos metros de distancia del lugar donde se encontraba Milly O'Higgins. Yo me sentía desconcertado... ¿Qué era lo que atraía tan poderosamente a Milly?

Dejé los prismáticos a Kondo y encendí un cigarrillo. Fumé, pensativo, dando lentas y placenteras chupadas al pitillo.

De repente, Kondo dejó que los prismáticos colgaran sobre su pecho y aferró el fusil. Me miró:

—Creo que es el momento de que me demuestre que verdaderamente fue un tirador de primera en el Ejército —me dijo con tono urgente.

Me lanzó el fusil, que atrapé con apuros, y me tendió los prismáticos. Kondo estaba lívido y temblaba.

Con la lógica excitación, miré a través de los prismáticos. Lo que vi aceleró los latidos de mi corazón y reseco súbitamente mi garganta...

Milly, sentada sobre una roca, seguía examinando sus muestras de residuos volcánicos. A su espalda, una silueta grisácea acababa de aparecer tras la mole erizada de un macizo de piedra pómez.

—¡El «Krau»! —susurré, aterrado.

No había mucha luz, pero sí la suficiente para que pudiera ver a través de las lentes la gigantesca silueta peluda que caminaba ágilmente hacia el lugar que ocupaba Milly. Al mismo tiempo, Kondo y yo oímos un gruñido distante.

Milly se volvió en ese momento y sus facciones quedaron petrificadas de horror al contemplar al monstruo que se aproximaba a ella.

—Pulso firme, profesor —me recomendó Kondo, detrás de mí.

Alcé el fusil sin que mis manos temblaran. «Krau» estaba a cinco metros de Milly y se disponía a saltar sobre su víctima.

Contuve el aliento y disparé. La silueta negruzca cayó pesadamente a tierra y rodó unos metros pendiente abajo. Pero de repente se irguió y tornó a subir, cojeando aparatosamente.

Miré de nuevo a través del visor telescópico y apunté a la pierna izquierda del Krau. Quizá no tuviese tanta suerte ahora, pero...

El estampido me atronó esta vez. Y «Krau» se dobló por las peludas rodillas y quedó inmóvil.

Un minuto después, Kondo y yo rodábamos a toda velocidad a través del monte. El camino era muy abrupto y el vehículo saltaba endiabladamente, pero no frené hasta detenerme a pocos metros de la paralizada Milly O'Higgins, que se abrazó a mí sollozante en cuanto llegué a su lado.

—¡Dios santo! ¡Creí... temí... pensé...!

No pudo decir muchos más. Durante largos minutos se debatió en un violento ataque de nervios. Luego Kondo introdujo el gollete de una botella de whisky entre sus labios y la obligó a beber. Tosió violentamente, se atragantó... pero al cabo recuperó la serenidad necesaria.

Curiosos, nos acercamos al cuerpo del «Krau». No estaba muerto. Y, caso extraordinario, ¡gemía entrecortadamente!

—¡Por favor, por favor, ayúdenme! ¡Me voy a desangrar!

Kondo se inclinó sobre él y destrozó a tirones el brusco disfraz.

—No es el «Krau» —murmuró decepcionado—, sino el canalla de McKenzie.

—¿McKenzie? —grité fuera de mí. Y corrí cuesta abajo hacia la tienda de campaña. Empecé a vociferar en cuanto comprendí el engaño. Bajo la tienda sólo había unos pantalones rellenos de pasto seco atados por su parte inferior a unas botas.

En los primeros momentos, me sentí tan perplejo que fui incapaz de reaccionar. Pero Kondo acogotó a McKenzie y le sacó rápidamente la verdad.

—Es cosa de... Sturgis. El... no quiere que nadie se acerque a Tal-Akhai... Me obligó a ponerme este grotesco disfraz para ahuyentar a los curiosos...

—¿Por qué? Habla o te dejaremos desangrar —le dije.

—¿Mis piernas, mis rodillas... las tengo destrozadas? —gimoteó—. ¡Por favor! Yo no sé nada. Me pagaron por hacer esto. Vine con miss O'Higgins, pero en otras ocasiones he utilizado una motocicleta... ¡Me estoy desangrando!

Kondo le registró minuciosamente. Y sacó a la luz un pequeño radio-transmisor.

—¿Y esto?

—Sturgis está a bordo de «La Morrène». Me dijo que le avisase por radio si ocurría algo imprevisto. Ellos vendrán aquí si necesito ayuda —confesó McKenzie.

Le incorporé por el cuello, le hice beber un trago de whisky y pedí a Kondo que le librase del disfraz y le vendase las heridas sangrantes de sus piernas.

—Muy bien, McKenzie. Ha ocurrido algo imprevisto —dije lentamente—. De modo que llama a tu jefe y pídeles que vengan enseguida. Repite exactamente estas palabras sin dar más detalles. Piensa que si nos traicionas te dejaremos desangrar poco a poco.

Puse en sus manos el radio-transmisor y McKenzie hizo la llamada. Una débil voz se escuchó en el diminuto altavoz. Preguntaba a McKenzie, insistía, quería saber el motivo de su llamada... Pero yo arranqué el transmisor de sus manos y corté la comunicación.

Luego me volví y miré a Milly, que asistía, pálida, a la escena.

—Debió hacerme caso, Milly. Ya le dije que... —empecé a reprocharle.

Primero volvió a gemir. Luego me recriminó ardientemente:

—Pero ¿no lo comprendes, John Carioli? He venido a Tojoyo por ti. Cuando nos conocimos en el avión... Bien, me causaste una gran impresión. Pero escuché tus despectivos comentarios a mi

espalda y me propuse demostrar ante ti que soy una mujer estimable... ¿Recuerdas aquella noche en el «Yendallah Hall» de Manila? Te vi aparecer cuando, disgustada y entristecida, había tomado ya algunas copas. Tú habías dicho a bordo del «Boeing» «Milly O'Higgins parece una escoba con faldas». Por eso me desnudé ante centenares de personas, para demostrarte que soy algo más que eso. Hace unos días, encontré al capitán McNee en el «Tagalo Hotel». Yo había ido allí a *buscarte*, John. McNee me dijo todo lo que yo necesitaba saber. Y vine a Tojoyo.

Desvió la mirada, ruborosa.

—No soy una mujer de mundo, sino una joven americana sin la menor experiencia, profesor. Pero sabía lo que quería y vine aquí a buscarlo —añadió—. Lástima, tú sólo has sabido despreciarme.

Turbado, no supe qué decir. Pero una ola de ternura se apoderó de mí. Instintivamente tomé las manos de Milly y las sentí temblar. Todo aquello era inconcebible, pero que Milly era sincera estaba fuera de toda duda.

—Dime una cosa —pedí, aturrullado—: Si era yo quien te interesaba, ¿por qué viniste a Tal-Akhai, qué diablos significan esos pedruscos para ti?

—La exploración sólo era una disculpa, en realidad. Anoche entreví una pizca de interés en ti. Me mirabas de otra forma, no sé... Vine aquí para seguir mis estudios de rutina relacionados con los volcanes. Pero en realidad, sólo esperaba que nos encontrásemos. Sólo que... he descubierto algo interesante. Pero, en fin, todo eso nada tiene que ver.

Y se echó a llorar de nuevo. Sin poderme contener la besé. Unos segundos después, Kondo tosió discretamente detrás de nosotros.

—Está anocheciendo, profesor. ¿Volvemos a Taihoua o establecemos un campamento para pasar la noche? —me planteó.

—Establezcamos un vivac, pero no aquí, sino en lugar más seguro —respondí.

Una hora más tarde, Milly me hizo una confidencia: en las estribaciones de Tal-Akhai existían cientos de miles de toneladas de níquel.

—Es algo normal —me explicó—. Entre el «Nife» o capa rígida de la Tierra y la «Sima» o capa viscosa, existen yacimientos de metales pesados como el níquel, el hierro y el platino, que algunos volcanes antiguos expelen al exterior. En las laderas de Tal-Akhai existe una enorme riqueza en níquel, fácilmente comercializable.

Reflexioné un momento sobre estas palabras. Y enseguida muchas dudas se despejaron en mi cerebro, por lo que dejé escapar una risotada.

—¡Esta es la leyenda del «Krau»! —exclamé—. Posiblemente el

«Krau» no existe ya. Pero Sturgis la aprovechó para ocultar a todos que Tal-Akhai esconde una auténtica fortuna.

Kondo me miró severamente.

—El «Krau» existe profesor. Probablemente nos está vigilando *ahora mismo* —susurró.

Y estaba diciendo la pura verdad, según se demostró esa misma noche.

* * *

Milly y yo habíamos hablado largamente en nuestro vivac de las cavernas. No era necesario pronunciar más palabras por el momento, pues los dos sabíamos lo que sentíamos.

Kondo masticaba con fruición, sin dejar de vigilar a McKenzie, cuyas heridas habíamos curado lo mejor que pudimos. En cualquier caso, conseguimos cortar la hemorragia y el hombre parecía fatalmente resignado a su suerte.

Desde nuestra privilegiada posición, habíamos visto brillar unas luces en medio de la selva. Correspondían a varios vehículos que atravesaban la jungla, sin duda. Pero ¿dónde estaban ahora?

Habían transcurrido dos horas y la luna bañaba ya tímidamente de rojo las estribaciones rugosas de Tal-Akhai. Mis párpados me pesaban como el plomo, pues la noche anterior apenas había logrado conciliar el sueño, tras la lectura de la «Historia de Krau».

Después de aquello, en mí se había operado un cambio anímico considerable. En primer lugar, había dejado de odiar a muerte al salvaje hombre-lobo de D'garang. En su estudio, Kaufmann describía a «Krau» como un hombre salvaje, asilvestrado, irrecuperable para la vida en la sociedad humana, pero de ningún modo como una fiera sedienta de sangre. También hablaba de Gertie, que se había empeñado locamente en aquella misión imposible: reintroducir al hombre salvaje en la civilización.

Kaufmann aseguraba que jamás hubo otra clase de relación entre «Krau» y Gertie. Para la joven, Krau significaba únicamente un motivo de estudio y un desafío a sus conocimientos de psicología aplicada.

Pero si Kaufmann me había llamado era por un motivo diferente, que nunca explicó.

Y esa noche el misterio se desveló: ¡me había quedado dormido! Y Kondo dormía también pesadamente junto a mí. Pero no estaban ni McKenzie ni Milly.

Desperté a Kondo y empuñamos las armas. Salimos.

Allá abajo, bañados por la clara luz lunar, estaban Sturgis y sus aventureros. Tenían a Milly y Frank apoyaba un revólver en su fino

cuello.

—¡Dejen las armas y bajen de ahí! —gritó Sturgis, tenso. Y obedecemos.

Tenía una idea muy clara de lo que iba a suceder: nos matarían, nos asesinarían a los tres. A Kondo, a Milly y a mí. Porque Sturgis quería sacar unos miles de toneladas de níquel de Tal-Akhai. Kaufmann lo descubrió y el aventurero lo mató, presentando el hecho como causado por el «Krau».

Bajábamos lentamente, cuando escuché aquel gruñido tremebundo que nos frenó en seco. Y desde la cascada de lava cayó algo pesado y peludo... ¡El «Krau» Sus enormes brazos aferraron la garganta de Sturgis-Campbell y sonó un crujido escalofriante.

Milly cayó al suelo y se alejó rodando. Inmediatamente oímos unas secas detonaciones. Pero «Krau» seguía aferrado al cuello roto de Sturgis. Y aún seguía así cuando comprobamos que su cuerpo de hombre-bestia estaba materialmente cosido a balazos.

Kondo me hizo retroceder aprisa. Y puso el «Mauser» en mi mano.

—¡Pulso firme, profesor! —me gritó. Y disparé cuatro veces a la luz de la luna.

Bajamos luego. Cuatro de los hombres de Sturgis estaban heridos de gravedad. Los dos restantes soltaron las armas, aterrados.

De madrugada, cargamos los cuerpos de Sturgis y el «Krau» en el «jeep». Milly se puso al volante del coche y Kondo y yo condujimos los vehículos de Sturgis hasta Taihoua.

De madrugada, enterramos a Sturgis y al «Krau». Al amanecer, encerramos a los aventureros en un caserón de piedra, después de despertar al «prefecto» Mardeau.

—Una triste noticia llegada por radio —me informó Mardeau—. El capitán Lejendre afirma que «fraulein» Kaufmann embarcó clandestinamente en su barco, junto con el reverendo Warlone. No pueden explicarse cómo ocurrió: ambos saltaron por la borda en alta mar y sus cuerpos no pudieron recuperarse. ¡Dios los reciba en su seno!

Un misterio que nunca se aclararía, aunque un hecho muy significativo radicaba en que Marlone era un clérigo...

Mahura llamó por radio esa misma mañana a las autoridades de Port George. Al atardecer llegó el hidroavión donde venían unos policías franceses dispuestos a poner en claro algunas preguntas que quedaban por dilucidar.

Pero a mí esto, poco me importaba ya. Sabía que el «Krau» no había matado al profesor Kaufmann sin necesidad de que los franceses obligaran a confesar la verdad a los hombres de Frank Sturgis. Lo supe cuando el hombre-lobo mató a su hermanastro

aquella noche en Tal-Akhai. «Krau», el hijo de Lataouri y el fugitivo Campbell, no había acabado con su hermanastro de una dentellada, sino con su propias manos.

Lo demás... Bueno, a bordo de la motonave «La Morrène» las autoridades encontraron una *cassette* grabada por el profesor Kaufmann. En ella acusaba a Sturgis de varios crímenes y especificaba la causa real de aquellas muertes. Era la *cassette* que yo había echado a faltar en el magnetófono del profesor.

EPÍLOGO

Y

o quería marcharme cuanto antes, pero Milly me convenció de lo contrario.

—Si nos marchamos, otros aventureros desvalijarán a estas gentes de los que les pertenece: una verdadera fortuna en níquel casi puro —arguyó—, Pero si nos quedamos, yo podría dirigir la explotación y ayudarles decisivamente. Entre tanto, tú puedes continuar la labor de investigación que el profesor Kaufmann hubo de interrumpir involuntariamente...

¿Qué les voy a explicar? ¡Me convenció! Pero además yo amaba ya a aquella mujer con todo mi corazón. Me bastaba con una cosa: recordar todo lo que había hecho Milly para demostrarme su interés.

Ahora ya han pasado muchos meses. Milly y yo somos muy felices en este paraíso. Y en Norteamérica acaba de editarse un libro mío de gran éxito. Pero el éxito no me corresponde a mí exactamente, sino a mi querido e inolvidable amigo el profesor Karl G. Kaufmann, al que ni siquiera llegué a conocer en vida.

Vivimos en Taihoua, un verdadero edén, una ciudad pacífica donde coexisten personajes tan diferentes como el inalterable Teng Yi, el comerciante Mardeau y el sabio Kandapori.

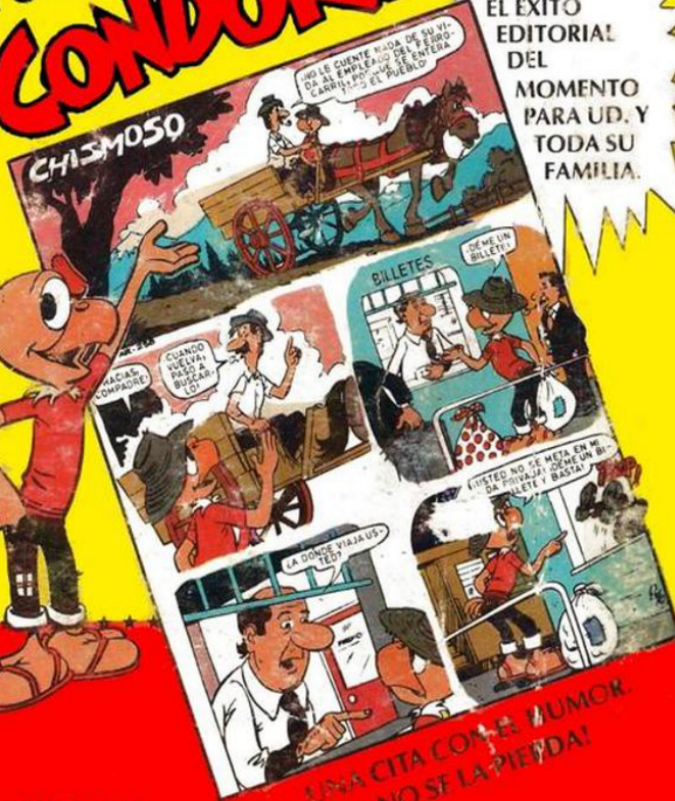
Pero permítanme ahora que ponga el punto final a la verdadera historia del «Krau», el hombre-lobo de D'garang.

FIN

ENTRE RISAS,
SONRISAS
Y CARCAJADAS...

CONDORITO

EL ÉXITO
EDITORIAL
DEL
MOMENTO
PARA UD. Y
TODA SU
FAMILIA.



¡COMPRALO
YA EN LA VENTA!

UNA CITA CON EL HUMOR.
¡NO SE LA PIERDA!